

**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TRUJILLO**

**“BENEDICTO XVI”**

FACULTAD DE TEOLOGÍA

---



**EUCARISTÍA FUENTE DE GRACIA PARA LA SALUD DE LOS  
CRISTIANOS**

**ASESOR:** Lic. Fray Edinsón Farfán Córdova, OSA.

**ALUNMO:** Fr. Salomón Panduro Macahuachi, OSA.

**N° DE MATRÍCULA:**

TRUJILLO, 2017

## ÍNDICE GENERAL

	<b>pp</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	<b>01</b>
 <b>CAPÍTULO PRIMERO: CONCEPTUALIZACIÓN Y SIGNIFICANCIA</b>	
<b>1. DEFINICIÓN</b> .....	<b>03</b>
<b>2. SIGNIFICADO</b> .....	<b>03</b>
2.1. LA EUCARISTÍA COMO PREFIGURACIÓN.....	04
2.2. LA EUCARISTÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO.....	07
2.2.1. En los relatos de la Institución.....	07
a). San Marcos.....	08
b). San Mateo.....	09
c). San Lucas.....	10
2.2.2. En San Juan.....	10
2.2.3. En la Epístola a los Hebreos.....	11
2.2.4. En los Hechos de los Apóstoles.....	11
2.2.5. En San Pablo.....	12
<b>3. LA TRADICIÓN Y LOS SANTOS PADRES</b> .....	<b>14</b>
3.1. DIDAJÉ.....	14
3.2. PADRES APOSTÓLICOS.....	15
3.2.1. San Ignacio de Antioquía.....	15
3.3. PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS.....	16
3.3.1. San Ireneo de Lyon.....	16
3.3.2. San Justino.....	16
3.3.3. San Juan Crisóstomo.....	17
3.4. PADRES DE OCCIDENTE.....	17
3.4.1. San Ambrosio de Milán.....	17
3.4.2. San Agustín.....	18
<b>4. EUCARISTÍA EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA</b> .....	<b>19</b>

4.1. EN EL CONCILIO DE TRENTO.....	21
4.2. EN EL CONCILIO VATICANO II.....	22
4.2.1. En la Constitución <i>Sacrosanctum Concilium</i> , sobre la Sagrada Liturgia.....	23
4.2.2. En la Constitución <i>Lumen Gentium</i> , sobre la Iglesia.....	23
4.3. EN LAS ENCÍCLICAS Y DOCUMENTOS PONTIFICIOS.....	24
4.3.1. En la Encíclica <i>Ecclesia de Eucaristía</i> , La Iglesia vive de la Eucaristía.....	24
4.3.2. En la Exhortación Apostólica <i>Sacramentum Caritatis</i> , Sobre la Eucaristía.....	25

## **CAPÍTULO SEGUNDO: FUENTE DE GRACIA Y VÍNCULO DE CARIDAD**

<b>1. EUCARISTÍA FUENTE DE GRACIA.....</b>	<b>27</b>
<b>2. SIGNIFICADO DE ENFERMEDAD.....</b>	<b>29</b>
2.1. JESÚS Y EL SUFRIMIENTO.....	30
2.2. LA PRUEBA DEL SUFRIMIENTO.....	32
<b>3. SIGNIFICADO DE SALUD.....</b>	<b>32</b>
3.1. CRISTO NUESTRO BIENESTAR.....	35
<b>4. NATURALEZA DEL SACRIFICIO EUCARÍSTICO.....</b>	<b>37</b>
4.1. EL SACRIFICIO REDENTOR.....	38
4.2. SACRIFICIO Y CELEBRACIÓN.....	40
4.3. Sacramento de Piedad, Signo de Unidad, Vínculo de Caridad.....	41

## **CAPÍTULO TERCERO: EUCARISTÍA ALIMENTO DE VIDA; Reflexión Teológica, Pastoral y Espiritual**

<b>1. EL SACRAMENTO DE LA VIDA Y DE LA FIESTA.....</b>	<b>47</b>
1.1. LA MESA FAMILIAR.....	48
1.2. LA FIESTA DE LA VIDA.....	49
<b>2. EL SACRAMENTO DE LA COMIDA.....</b>	<b>50</b>
<b>3. EL PAN ES COMUNIÓN Y SOLIDARIDAD.....</b>	<b>53</b>
3.1. EL PAN ES LA VIDA.....	55
<b>4. JESÚS: HOMBRE SANO, SALUDABLE Y SANADOR.....</b>	<b>56</b>

4.1. JESÚS SALUDABLE Y SANADOR.....	58
4.2. MARÍA MUJER EUCARÍSTICA.....	59
<b>CONCLUSIÓN.....</b>	<b>62</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>67</b>

## INTRODUCCIÓN

La Eucaristía, sacramento por excelencia desarrolla una función esencial en la vida y el crecimiento de fe del cristiano y de toda la comunidad. Ella nutre continuamente, con el alimento de vida y comunión, a quienes son llamados a dar testimonio de Cristo y de su buena noticia al mundo. Ella proporciona la fuerza, vitalidad y la salud necesaria a aquéllos que se encuentran enfermos y débiles, especialmente a los pobres que son los preferidos de Dios (Mt 5,3); y la alegría a quienes están tristes y sufrientes a causa de las dolencias de las enfermedades que aquejan. Anima a los que son tentados de encerrarse en ellos mismos, y no abrirse hacia los demás, hacia la comunidad, en vistas a asumir un compromiso apostólico con la Iglesia. En Ella vemos expresada el intenso amor divino, obteniendo el cristiano la transformación de su propia vida, una vida llena de gracia, amor y perdón; es decir una vida fecunda en Cristo Jesús.

Posee una excelencia única, ya que recibimos en Ella al autor de la gracia. En ella Cristo se manifiesta de modo más directo y real. Por ello para el desarrollo del presente trabajo cuyo título es: **“Eucaristía, fuente de Gracia para la Salud de los Cristianos”**, se ha visto conveniente agrupar la temática en tres capítulos. En el capítulo primero abordamos la definición conceptual y la significancia de la Eucaristía, con la finalidad de tener una mayor profundización de su valor salvífico para la vida de los cristianos, analizada desde las Sagradas Escrituras, el estudio de la Teología Dogmática, la Tradición y el Magisterio.

En el capítulo segundo cuyo título es “Fuente de Gracia y Vínculo de Caridad”, resaltamos además de la importancia del sacramento, su valor y significado como la fuente de gracia para la salud de los cristianos, especialmente de los que están enfermos y viven tribulaciones, tanto corporal como espiritual. Siendo además el objetivo principal de nuestra investigación, para ayudar de esta manera a vivir con más plenitud este misterio central de nuestra fe. Sin dejar de lado una de sus características principales del Sacramento, que por naturaleza es vínculo de amor, amor ofrecido gratuitamente como don de Dios, a través de su Hijo Jesucristo, amor que celebramos con fe y que necesariamente debe hacerse vida y compromiso con los demás. “Así amó Dios al mundo. Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

Precisaremos también el significado de Enfermedad y de Salud, como elementos esenciales y constitutivos de la vida de fe de los cristianos, y cómo ambas acepciones

repercuten hoy en la vida cristiana. Ya que Cristo mismo se convierte en nuestra salud para hacer frente a toda enfermedad, ya que es el médico del cuerpo y del alma. Y que sólo en Él encontramos la salud necesaria para seguir caminando hacia el Reino de Dios. La Eucaristía, es la fuente de donde mana toda gracia sacramental, necesaria para nuestro auxilio físico y espiritual, especialmente en aquellas circunstancias desfavorables de nuestra salud física y espiritual.

Finalmente en el capítulo tercero, desarrollamos una reflexión teológica, pastoral y espiritual de la Eucaristía como el alimento de vida, enraizada en la vida misma del cristiano, que vive, celebra y se alimenta de Ella, y que le ayuda a ir creciendo, madurando, renovando continuamente su fe e identidad.

Enfatizando en la importancia de la comida en la vida y en la práctica de Jesús como su forma privilegiada de hablarnos del Reino de Dios, descubriendo el valor de cada uno de los símbolos que en ella se destacan (comer, fiesta o banquete, pan de vida, vino, mesa familiar), es por ello que la Eucaristía es el alimento de los cristianos. Acentuando en la persona de Cristo como hombre Sano, Saludable y Sanador. Así como también en la figura de María, Madre de Cristo y Madre nuestra, como modelo y mujer eucarística, que se adhirió plenamente al sacrificio de su hijo, poniéndose en las manos de Dios y confiando plenamente en su voluntad salvífica. Pues nosotros anhelamos esa salvación alimentándonos justamente con la comida de vida eterna.

## **CAPÍTULO PRIMERO**

### **CONCEPTUALIZACIÓN Y SIGNIFICANCIA**

La Eucaristía, desarrolla un papel fundamental e importante en la vida de fe de todo cristiano, es la más sorprendente manifestación divina. En ella contemplamos la más excepcional obra del amor divino, destinada a penetrar en lo más profundo de la existencia humana. Posee una excelencia única, ya que en Ella recibimos al autor mismo de la gracia, la fuente misma. En ella la persona de Jesucristo se manifiesta en el modo más inmediato y actual.

En este primer capítulo, acogeremos la definición conceptual de la Eucaristía, profundizando su significado y valor que el Sacramento imprimió en la vida de la Iglesia, desde las fuentes mismas de las Sagradas Escrituras, la Tradición y el Magisterio.

#### **1. DEFINICIÓN**

Es el sacramento central de la Iglesia, centro de culto y de la vida cristiana. En su etimología griega, Eucaristía significa “acción de gracias, agradecimiento”; el Nuevo Testamento la utiliza para traducir el término hebreo *berakah* (bendición), que los judíos pronunciaban sobre todas las cosas, es un acto de fe y de confesión del nombre de Dios. Es una alabanza entusiasta basada en la admiración por aquél que ha realizado maravillas increíbles. En la bendición solemne al final de la comida, los judíos daban gracias por el alimento que habían tomado, en el que veían un signo de la bondad del Creador que comunica su vida a los fieles, y por la tierra prometida que lo había producido, signo de aquella salvación que Dios había asegurado a su pueblo. (Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003, p.349)

#### **2. SIGNIFICADO**

La Eucaristía es el sacramento central del septenario sacramental, ya que es el sacramento que hace presente al mismo Cristo. Que ha sido instituido para la Iglesia y permitirle recibir, mediante la comunión, el fruto del sacrificio de su Señor, uniéndose a él en la ofrenda al Padre. Por eso la eucaristía es indisolublemente el signo sacramental eficaz que hace presente el sacrificio de Cristo, su persona, su humanidad, su Cuerpo y Sangre, para que lo recibamos en comunión, ya que es “*fuentes y culmen de toda la vida cristiana*” (Lumen Gentium, n.11).

Es al mismo tiempo sacrificio y sacramento. Cristo es el sacerdote invisible, que se sirve del ministro visible como instrumento; es víctima sacrificial, que se hace presente sacramentalmente en los signos del pan y del vino; es alimento para los creyentes que participan de la comunión.

Celebrando en memoria de Jesucristo el sacramento de su Pascua, la Iglesia revive en la fe el acontecimiento de su muerte y resurrección, fundamento perenne de la nueva Alianza, da gracias al Padre por lo que hace por los hombres mediante su Hijo, proclama que la obra de salvación ha llegado a su cumplimiento en Jesucristo, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

La asamblea eucarística, memorial del Señor muerto y resucitado, es lo que es en virtud del Espíritu Santo, que la congrega y unifica. El Espíritu Santo hace de la Eucaristía la experiencia fundamental de la Iglesia. Suscita la presencia del Cuerpo único de Cristo, sacramental y místico, y el de la comunidad que participa en ella.

Por su naturaleza, la Eucaristía es comida pascual, un banquete en el que hay que participar. La víctima inmolada es para el alimento, y por tanto para el crecimiento y la realización de la Iglesia: comiendo de un solo pan y bebiendo de un solo cáliz, los fieles se convierten en la ofrenda viva, asimilados a Cristo, la víctima pascual. Pero el que no participa de la comunión bloquea la orientación intrínseca del memorial-banquete, ya que el Señor dejó su cuerpo para ser comido, su sangre para ser bebida; comiendo y bebiendo, se cumple la memoria del Señor, como acogida en la fe y como adhesión a las cosas maravillosas que Dios ha realizado por los hombres. (Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003, p.350)

## **2.1.La Eucaristía como Prefiguración**

Es lógico afirmar con total naturalidad que la presencia de Cristo en la Eucaristía es una novedad absoluta del Nuevo Testamento. Por ello, esa singularidad e importancia que la caracteriza, parece normal que de algún modo, estuviese prefigurada en el Antiguo Testamento y que fuese además preanunciada por Cristo antes de su institución como sacramento de vida. Y en efecto es así. De esta forma podemos distinguir algunos momentos o prefiguraciones en el Antiguo Testamento de la presencia y el uso de la Eucaristía.

a). Génesis 14, 18-20; 22,7-8.

La persona de Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, que ofrece pan y vino. Y después le da su bendición a Abrahán, nos recuerda a Jesucristo ofreciendo pan y vino en la última cena:

*“Entonces Melquisedec, rey de Salem, trajo pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, y Melquisedec bendijo a Abram, diciendo: Abram bendito seas del Dios Altísimo, creador del cielo y de la tierra, y bendito sea el Dios Altísimo, porque entregó a tus enemigos en tus manos. Y Abram le dio la décima parte de todo lo que llevaba”.* Esto convierte a Melquisedec en una clara prefigura de Jesús.

Dios probó así la fe de Abraham. Abraham fue solo con su hijo al monte Moriá para adorar a Dios. Isaac hace una pregunta a su padre que es fundamental para descubrir el sentido de prefigura de la Misa:

*“Entonces Isaac dijo a Abrahán: “Padre mío”. Le respondió: “¿Qué hay hijito?”. Prosiguió Isaac: “Llevamos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?”. Abrahán respondió: “Dios mismo proveerá el cordero hijo mío”. Y continuaron juntos el camino”.*

En efecto Jesús fue el Cordero que Dios proveyó para el sacrificio. También hemos de decir que no hubo resistencia por parte de Isaac a su anciano padre y se ofrece silenciosamente a Dios.

b). Éxodo 12, 26-27; 16,15; 24,8.

Apreciamos el sacrificio del cordero pascual, cuya sangre redimió a los israelitas:

*“Y cuando sus hijos les pregunten qué significa este rito, les responderán: Este es el sacrificio de la Pascua de Yahvé, que pasó de largo por las casas de los hijos de Israel en Egipto cuando mató a los egipcios, dejando a salvo nuestras casas.” Al oír esto, todo el pueblo se postró y adoró”.* Esto fue, pues, el cordero de la liberación y de la vida.

El pan del cielo con el que Dios nutrió a los israelitas durante cuarenta años en el desierto, es llamado por ellos como el maná, que Dios hizo llover debido a las constantes quejas de su pueblo:

*“Cuando los israelitas vieron esto, se dijeron unos a otros: “Maná, o sea: ¿Qué es esto?” Pues no sabían lo que era. Y Moisés les dijo: “Este es el pan que Yahvé les da para comer”.*

Moisés al tomar el libro de la alianza y luego de leerlo al pueblo, tomó la sangre de los novillos inmolados y roció con ella al pueblo diciendo:

*“Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes, conforme a todos estos compromisos”.*

c). Levítico 24,7

En el antiguo Israel, el Pan de la Presencia se puso sobre una mesa dorada en el tabernáculo como:

*“un memorial, un sacrificio por el fuego para Yahvé”.*

El pan debía estar en la presencia de Dios continuamente, era perfumado con incienso, y acompañado constantemente por una luz encendida. Cuando se llevaba la mesa que sostenía el pan fuera del tabernáculo, éste se cubría con un velo. De hecho, cuando se movía el tabernáculo, todos los recipientes en él eran cubiertos cuidadosamente. Es esa misma luz: Cristo, que ilumina al mundo con su presencia, y que se encuentra presente como signo de la presencia del Señor en cada sagrario de toda Iglesia.

d). Deuteronomio 7, 18; 8,3.

La memoria de Dios y la del hombre se entrelazan y componen una unidad esencial en la vida del pueblo de Dios:

*“Mas no temas, acuérdate de lo que hizo Yavé, tu Dios, con Faraón y con todos los egipcios”.*

No se trata aquí de un simple recuerdo del pasado, sino de un “memorial”, la proclamación de las maravillas que Dios ha hecho en favor de su pueblo. Él que *“Te hizo pasar necesidad, te hizo pasar hambre, y luego te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habían conocido. Querida enseñarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que todo lo que sale de la boca de Dios es vida para el hombre”.*

e). Isaías 25, 6

El profeta Isaías contempla poéticamente la salvación final como un inmenso banquete, con manjares y bebidas exquisitas, al que serán invitados todos los pueblos, y en el que desaparecerán todas las lágrimas de los hombres:

*“Yahvé de los Ejércitos está preparando para todos los pueblos, en este cerro, una comida con jugosos asados y buenos vinos, un banquete de carne y vinos escogidos”.*

f). Salmo 116, 13

La Eucaristía es acción de gracias, por eso en este salmo se nos expresa esa gratitud por el don maravilloso del Señor, hacia la humanidad:

*“Alzaré la copa por una salvación e invocaré el nombre del Señor”.*

g). Proverbios 9, 5

El rey Salomón, manda a sus sirvientes ir a comer y beber el vino que les tenía dispuesto, exhortando a dejar la locura a un lado, y que anden por los caminos de la verdad:

*“Vengan a comer mi pan, y a beber mi vino que he preparado”.*

Al conocer las variadas instituciones, ritos y figuras que preparan la Eucaristía en el Antiguo Testamento, particularmente la pascua, el rito de la alianza y los sacrificios que la preparan. Vemos en estas realidades, el desenlace de una nueva alianza y la ejecución de una oblación pura y única ofrecida para todos. No en vano es ésta el misterio mismo de Cristo, entregado por él a los hombres.

## **2.2. La Eucaristía en el Nuevo Testamento**

Jesús expone una verdad fundamental, que por supuesto no será comprendida en primera instancia por sus discípulos: Que tanto su cuerpo como su sangre son alimentos de vida. Ante esta premisa añade la invitación para que nos alimentemos de su cuerpo y que bebamos de su sangre. (Jn 6,51). Esta fórmula y otras similares que presentamos, inaugura la Eucaristía como el alimento de vida, fuente de Gracia para todo el género humano.

Jesús al afirmar que es el pan de que da la vida (Jn 6,48), y el énfasis que hace en su persona, supera la interpretación puramente materialista de “carne-sangre” cuyos términos aluden a la unidad de la persona. Pues no se trata sólo de simples operaciones fisiológicas de comer y de beber, sino que es preciso remontarse a un significado superior, es decir quien come su cuerpo y bebe su sangre entra en íntima comunión de vida con la propia persona de Jesucristo, pues le recibe en sí mismo. Servirse de su carne y su sangre, significa alimentarse de su persona, recibirle físicamente y vivir de Él. Pues su presencia en la Eucaristía es física, pero de un orden sacramental.

### **2.2.1. En los relatos de la Institución**

Es de vital importancia entender las narraciones evangélicas en el ambiente en que han tenido lugar. En las circunstancias que acontecen durante la última cena; ambiente llena de sentimientos y de signos cargados de enseñanzas de Jesucristo para el futuro de la humanidad. Es claro que los Apóstoles entendieron las palabras del Maestro en su verdadero sentido: Jesús identifica su cuerpo y su sangre con el pan y el vino respectivamente. La Eucaristía se celebra en el marco de la cena pascual, lo que supone su carácter sacrificial. Este acontecimiento significa el paso de una nueva alianza que conecta aquí con la antigua, pero superándola.

El ámbito en que Jesús instituye la Eucaristía es su despedida de los Apóstoles y la expresión del deseo explícito de permanecer siempre entre ellos, al tiempo que anuncia el final de su existencia terrena después de su pasión, muerte y resurrección. Esta es la clave para entender el misterio de su presencia eucarística: se va y se queda; es su cuerpo que se entrega por nosotros (Lc 22,19), es su sangre que se derrama por todos (Mt 26,28). He aquí la íntima relación entre la Eucaristía y la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

#### **a). San Marcos**

El prodigio de la segunda multiplicación de los panes preanuncia la Eucaristía. Se observa en el gesto de Jesús que pronuncia la bendición antes de partir el pan y dar a la muchedumbre. Es la misma acción que Jesús hace luego en la Última Cena, cuando estableció el memorial perenne de su Inmolación redentora.

*“Siento compasión por esta gente, pues hace ya tres días que están conmigo y no tienen nada que comer. Si los mando a sus casas sin comer, desfallecerán por el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos». Sus discípulos le contestaron: “¿De dónde podemos sacar, en este lugar desierto, el pan que necesitan?” Jesús les preguntó: “¿Cuántos panes tienen ustedes?” respondieron: “Siete”. Entonces mandó a la gente que se sentara en el suelo y, tomando los siete panes dio gracias, los partió y empezó a darlos a sus discípulos para que los repartieran. Ellos se los sirvieron a la gente. Tenían también algunos pescaditos. Jesús pronunció la bendición y mandó que también los repartieran. Todos comieron hasta saciarse, y de los pedazos que sobraron, recogieron siete cestos. Eran unos cuatro mil los que habían comido. Luego Jesús los despidió” (Mc 8,1-9).*

Jesús es ungido con aceite, come la Pascua con sus apóstoles e instituye la Eucaristía en la Santa Cena:

*“Durante la comida Jesús tomó pan, y después de pronunciar la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: Tomen; esto es mi cuerpo. Tomó luego una copa, y después de dar gracias se la entregó; y todos bebieron de ella. Y les dijo: Esto es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por una muchedumbre. En verdad les digo que no volveré a probar el zumo de cepas hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios” (Mc 14,22-25).*

### **b). San Mateo**

En este milagro que constituye la primera multiplicación de los panes, actúa el poder misericordioso de Dios, que cura todo mal del cuerpo y del espíritu. Jesús no sólo es sanador, es también maestro: en efecto sube al monte, se sienta, y sabe bien lo que está por hacer, incluso pone a prueba a sus discípulos:

*“Estamos en un lugar despoblado, y ya ha pasado la hora. Despide a esta gente para que se vayan a las aldeas y se compren algo de comer”. Pero Jesús les dijo: “No tienen por qué irse; denles ustedes de comer”. Ellos respondieron: “Aquí sólo tenemos cinco panes y dos pescados”. Jesús les dijo: “Tráiganmelos para acá”. Y mandó a la gente que se sentara en el pasto. Tomó los cinco panes y los dos pescados, levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los entregó a sus discípulos. Y los discípulos los daban a la gente. Todos comieron y se saciaron, y se recogieron los pedazos que sobraron: ¡doce canastos llenos! Los que habían comido eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños” (Mt 14,13-21).*

Cristo instituye la Eucaristía:

*“Mientras comían, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomen, y coman; esto es mi cuerpo. Después tomó una copa, dio gracias y se la pasó diciendo: beban todos de ella: esto es mi sangre, la sangre de la Alianza, que es derrama por una muchedumbre, para el perdón de sus pecados. Y les digo que desde ahora no volveré a beber del zumo de cepas, hasta el día en que lo beba nuevo con ustedes en el Reino de mi Padre” (Mt 26,26-29).*

Este don maravilloso que Jesús ofrece es plenitud de vida para el hombre hambriento. Jesús sacia no sólo el hambre material, sino aquella más profunda, el hambre del sentido

de la vida, el hambre de Dios. Al tomar la Comunión con Él, recibimos su vida en nosotros y llegamos a ser hijos del Padre celestial y hermanos entre nosotros.

### **c). San Lucas**

Las palabras de Jesús, anuncian su presencia misteriosa y real en las especies del pan y del vino. Proporcionando a los apóstoles el precepto de perpetuar y reavivar estos signos sagrados:

*“Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa con los Apóstoles y les dijo: Yo tenía gran deseo de comer esta Pascua con ustedes antes de padecer. Porque se lo digo, ya no la volveré a comer hasta que sea la nueva y perfecta Pascua en el Reino de Dios. Jesús recibió una copa, dio gracias, y les dijo: “Tomen esto y repártanlo entre ustedes, porque les aseguro que ya volveré a beber del jugo de la uva hasta que llegue el Reino de Dios. Después tomó pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes. “Hagan esto en memoria mía”. Hizo lo mismo con la copa después de cenar, diciendo: “Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre, que es derramada por ustedes” (Lc 22,14-20).*

En la Eucaristía Jesús no sólo nos da el pan de la vida eterna, se dona totalmente, ofreciéndose al Padre por amor. Debemos asistir a la Eucaristía con los mismos sentimientos del Señor, de compasión, de donación, de compartir. Quien participa de la Eucaristía sin tener misericordia de los necesitados y sin compartir, no se encuentra verdaderamente con el Señor.

### **2.2.2. En San Juan**

San Juan, nos indica la fuente de donde manó el inefable prodigio de la institución de la Eucaristía, ese amor extremo que el Señor nos tiene:

*“Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que le había llegado la hora de salir de este mundo para ir al Padre, como había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).*

El evangelista, nos presenta a Jesús como el pan de vida, que ha bajado del cielo:

*“Jesús contestó: “En verdad les digo: No fue Moisés quien les dio el pan del cielo. Es mi Padre el que les da el verdadero pan del cielo. El pan que Dios da es Aquel que baja del cielo y que da vida al mundo”. Ellos dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”. Jesús*

*les dijo: “Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí, nunca tendrá hambre, y el que cree en mí, nunca tendrá sed”.* (Jn 6,32-35).

Cristo se da a conocer como el Pan de vida y exhorta a sus seguidores a creer en Él para tener vida eterna. Los judíos hablan entre ellos, le reprochan el haber dicho que es el pan vivo que ha bajado del cielo, pues conocían su origen. El conocimiento de los judíos se extingue en un nivel humano que les impide trascender:

*“En verdad les digo: El que cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida”* (Jn 6,47-48).

### **2.2.3. En la Epístola a los Hebreos**

Esta carta declara y certifica a Jesús como el sumo sacerdote de nuestra fe:

*“No se mencionan ni su padre ni su madre; aparece sin antepasados. Tampoco se encuentra el principio ni el fin de su vida. Aquí tienen, pues, la figura del Hijo de Dios, el sacerdote para que permanece para siempre”* (Heb 7,3).

Melquisedec al ser retrato de Jesús, nuestro Señor queda establecido como sacerdote eterno. Es así que el verdadero Sacerdote es Jesucristo:

*“Así había de ser nuestro Sumo Sacerdote: santo, sin ningún defecto ni pecado, apartado del mundo de los pecadores y elevado por encima de los cielos. A diferencia de los sumos sacerdotes, él no tiene necesidad de ofrecer diariamente sacrificios, primero por sus pecados, y luego por los del pueblo. Y para el pueblo no lo hizo sino una sola vez ofreciéndose a sí mismo”* (Heb 7,26-27).

### **2.2.4. En los Hechos de los Apóstoles**

Nos refieren el comienzo del cristianismo. Donde nos topamos con un mensaje y un estilo de vida que ha sido decisivo para nuestras vidas. Se presenta a la Iglesia como la comunidad de los discípulos, iluminados por la acción del Espíritu Santo. Poniendo en evidencia la experiencia del compartir y el de mantenerse unidos:

*“Eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones. Toda la gente sentía un santo temor, ya que los prodigios y señales milagrosas se multiplicaban por medio de los apóstoles. Todos los que habían creído vivían unidos; compartían todo cuanto tenían, vendían sus bienes y propiedades*

*y repartían después el dinero entre todos según las necesidades de cada uno. Todos los días se reunían en el Templo con entusiasmo, partían el pan en sus casas y compartían sus comidas con alegría con gran sencillez de corazón” (Hch 2,42-46).*

Nos dice el texto que perseveraban asiduamente, entre otras cosas, en la fracción del pan. Pues en general los fieles en sus casas tomaban el sustento, es decir el pan, con regocijo y sencillez de corazón.

### **2.2.5. En San Pablo**

Pablo comienza su primera carta a los Tesalonicenses asegurándoles que: *“En todo momento les tenemos presentes en nuestras oraciones y damos gracias sin cesar a Dios por ustedes”* (1Tes 1,2). El verbo que usa para decir “dar gracias” es “*eucharistoumen*”, Eucaristía acción de gracias.

Es así que nos encontramos ante un acto sumamente importante. Pues el pan que partimos, significa la Eucaristía:

*“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?”. Así, siendo muchos formamos un solo cuerpo, porque el pan es uno y todos participamos del mismo pan”* (1 Cor 10,16-17).

Para Pablo, el pan y vino consagrados, es realmente Cuerpo y Sangre de Cristo. En este sentido escribe a la comunidad de los Corintios, después de amonestarles por algunas arbitrariedades que cometían en sus asambleas:

*“Yo he recibido del Señor lo que a mi vez les he transmitido. El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó un pan y, después de dar gracias, lo partió diciendo: Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes; hagan esto en memoria mía. De igual manera tomando la copa, después de haber cenado dijo: Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Todas las veces que la beban háganlo en memoria mía”.* (1 Cor 11,23-25).

Pablo nos transmite estas palabras como un precioso tesoro.

Vemos también claramente el carácter sacrificial que le concede a la Eucaristía. La participación con el pan y el cáliz nos une con Dios, que se ofrece en sacrificio, y nos hace entrar en comunión con él.

La fe sólo podemos acogerla desde lo que es: don de Dios. La fe también viene de la escucha. Supone el encuentro con el anuncio que crea a su vez comunión:

*“Así, pues, la fe nace de una proclamación, y lo que se proclama es el mensaje cristiano”* (Rm 10,17).

La muerte de Jesús, crea comunión, crea fraternidad. Su muerte en la cruz, no fue simplemente una ejecución brutal y sangrienta, sino que su muerte ha sido transformada por el ofrecimiento de sí mismo, como víctima pascual sin mancha, para la redención del mundo:

*“Sigán el camino del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros, como esas ofrendas y víctimas cuyo olor agradable subía a Dios”* (Ef 5, 2).

La Eucaristía infunde ese amor en nosotros, uniendo nuestro amor al de Cristo, nuestro sacrificio al suyo: *“Les ruego, pues, hermanos, por la gran ternura de Dios, que le ofrezcan su propia persona como un sacrificio vivo y santo capaz de agradarle; este culto conviene a criaturas que tienen juicio”* (Rm 12,1).

Esto es lo que Jesús deseó cuando realizó su ofrenda y cuando encomendó a sus apóstoles que repitan la acción de su sacrificio memorial: *“Hagan esto en memoria mía”* (1 Cor 11,24-25).

### **3. LA TRADICIÓN<sup>1</sup> Y LOS SANTOS PADRES**

En el inicio de la tradición cristiana está la persona de Jesús, que, convocando a su lado a un puñado de hombres, les comunicó su propia enseñanza para que la conservasen íntegra y se la anunciaran a todos los que creyeran en su predicación. En consecuencia, su mandamiento final se resume en este mensaje:

*“Me ha sido dada toda autoridad en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y*

---

<sup>1</sup> La Tradición de la Iglesia, desde el punto de vista teológico, es una combinación de elementos que se suman para crear un todo inseparable; esto es la esencia misma de la Iglesia fundada por Cristo. Estos elementos se pueden considerar en dos grupos: los inmutables que nunca cambian y siempre permanecen idénticos, y aquellos que si pueden cambiar o son modificables. (Cf. Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003. Segunda Edición. Editorial Verbo Divino. Navarra-España).

*del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes”* (Mt 28,18-20).

A la luz de esta palabra, la comunidad primitiva fue tomando paulatinamente conciencia de la tarea y de la misión que se le había confiado: transmitir universalmente y en todos los tiempos la palabra de salvación del Señor, tal como se la había entregado a ella el mismo Jesús de parte del Padre. (Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003, p.988-989).

Resulta de singular importancia conocer la enseñanza de la Tradición de la Iglesia, especialmente la de los Santos Padres, pues son testigos cualificados de la doctrina cristiana acerca del Misterio Eucarístico:

*“La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? El pan es uno y aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo porque comemos todos del mismo pan”* (1 Co 10,16-17).

Las referencias del contenido doctrinal y del modo de la celebración, coinciden con el comienzo de la literatura cristiana. Así, a finales del siglo I, nos hallamos con un importante testimonio: el texto primitivo de la Didajé o Doctrina de los Doce Apóstoles.

### **3.1. Didajé**

Este texto gozó de gran autoridad en las iglesias de los primeros siglos. Nos transmite un amplio comentario eucarístico-litúrgico, acerca de la Eucaristía como acción de gracias. Y nos transcribe la oración respecto al vino, y lo mismo sobre el pan. Seguidamente nos describe las diversas ceremonias y ritos que deben cumplirse en la celebración de acción de gracias. Asimismo, en el transcurso de las oraciones, agradece a Dios Padre “la gracia que nos hizo con la comida y bebida espiritual de vida eterna por su siervo Jesucristo”. (Solano, 1954, p.302)

El autor urge a los creyentes la obligación de celebrar la Eucaristía el domingo: “Reunidos cada día del Señor, partan el pan y den gracias, después de haber confesado sus pecados, a fin de que su sacrificio sea puro” (Ruiz, 1993, p.86).

### **3.2. Los Padres Apostólicos**

### 3.2.1. San Ignacio de Antioquía<sup>2</sup> (hacia el año 110)

Podemos recapitular lo que San Ignacio de Antioquia dice de la Eucaristía en los siguientes puntos:

a). La Eucaristía es alabanza a Dios, lugar donde se reúne la Iglesia y signo de unidad. En ella se manifiesta la unidad y la jerarquía de la Iglesia.

b). La Eucaristía se identifica con la Carne y la Sangre de Cristo. San Ignacio, emplea expresiones muy realistas, junto a otras simbólicas. En sus enfrentamientos con los Docetas<sup>3</sup> también está presente la Eucaristía, acentuando: que *“es la Carne de nuestro Salvador Jesucristo, la que padeció por nuestros pecados y la que resucitó el Padre”*. (Alcáin Ugarte, 1998, p.528).

c). La Eucaristía es *“medicina de inmortalidad”* y no *“comida corruptible”*. Es un medio para unirse a Jesucristo. Comiendo su carne y bebiendo su sangre, el cristiano se une a Jesús, se convierte en pan, como Él, y recibe el don de la inmortalidad, que no puede dar ninguna otra comida.

San Ignacio, identifica la entrega a la muerte de Jesucristo con la misma Eucaristía y con su propia entrega a la muerte (su martirio), unido a Cristo, con su propia conversión en pan purísimo de Cristo. (Solano, 1954, p.43).

## 3.3. Los Padres Apologistas Griegos

### 3.3.1. San Ireneo de Lyon<sup>4</sup> (hacia el año 130-202)

---

<sup>2</sup> Discípulo directo de San Pablo y San Juan; Segundo sucesor de Pedro en el gobierno de la Iglesia de Antioquía; El primero en llamar a la Iglesia "Católica". Condenado a morir devorado por las fieras, fue trasladado a Roma y allí recibió la corona de su glorioso martirio el año 107, en tiempos del emperador Trajano. (Cf. Ruiz, Bueno, D. "Padres Apostólicos", BAC. Sexta Edición, Madrid 1993).

<sup>3</sup> Representa la primera crítica seria hecha a la fe de la joven comunidad cristiana que entraba en contacto con el mundo cultural y religiosos extrajudío. Esta teoría herética, vinculada en muchos aspectos al pensamiento del gnosticismo, viene a minar en sus raíces el misterio de Cristo, en cuanto que, niega la concreción humana del Hijo de Dios, excluyendo toda posibilidad de la Encarnación. (Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003. Segunda Edición. Editorial Verbo Divino. Navarra-España).

<sup>4</sup> Discípulo de San Policarpo, quién a su vez fue discípulo del Apóstol San Juan. El más importante entre los teólogos del siglo II, considerado el "padre de la dogmática católica". Luchó donadamente contra la falsa gnosis. Escribió en su lengua materna, el griego, varias obras de las que se conservan sólo dos: "Adversus haereses"; "Demostración de la predicación apostólica". (Cf. Ruiz, Bueno, D. "Padres Apostólicos", BAC. Sexta Edición, Madrid 1993).

Para Ireneo, la Eucaristía es el lugar donde se valoran los dones creados: pan y vino; éstos, por la acción de la gracia, se convierten en el Cuerpo y Sangre del Verbo. La Eucaristía es un verdadero sacrificio que se identifica con la entrega realizada por Dios a los hombres por medio de su Hijo y de los hombres a Dios por el mismo Cristo:

*“Así como el pan y el vino, recibida la palabra de Dios se hacen Eucaristía, es decir, cuerpo y sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, alimentados con la Eucaristía, resucitarán a su debido tiempo para gloria de Dios Padre”.* (Contra los herejes V, 2, 3. Obra citada a partir de Solano, 1996, p.67).

### 3.3.2. San Justino<sup>5</sup> (hacia el año 165)

Nos transmite un testimonio amplio de cómo se celebraba la Eucaristía y del sentido que ésta tenía. He aquí algunas de sus ideas fundamentales:

- a). De las dos formas de celebrar la Eucaristía: una, de los iniciados (los que se bautizaban); y la otra celebrada a lo largo de todo el tiempo, a la que asisten los que moran en ciudades y campos.
- b). Del sentido encarnatorio que asigna a la Eucaristía: así como el Verbo se encarnó en la naturaleza humana para realizar la salvación, así también en la Eucaristía, el mismo Logos baja sobre los elementos eucarísticos, mediante la oración e invocación del Espíritu Santo.
- c). De las partes que consta la celebración: introducción de los bautizados, intercesiones, saludos de paz, presentación de pan y vino, oración eucarística, comunión. Teniendo en cuenta a los necesitados en ambas celebraciones.

### 3.3.3. San Juan Crisóstomo<sup>6</sup> (hacia el año 354-407)

---

<sup>5</sup> Es el Padre apologista griego más importante del siglo II y una de las personalidades más nobles de la literatura cristiana primitiva. Nació en Palestina, de padres paganos y origen romano, pronto inició su itinerario intelectual frecuentando las escuelas estoica, aristotélica, pitagórica y platónica. La búsqueda de la verdad y el heroísmo de los mártires cristianos provocaron su conversión al cristianismo. (Cf. Ruiz, Bueno, D. “Padres Apostólicos”, BAC. Sexta Edición, Madrid 1993).

<sup>6</sup> Fue clérigo cristiano eminente, patriarca de Constantinopla. La Iglesia ortodoxa griega lo valora como uno de los más grandes teólogos y uno de los tres pilares de esa Iglesia, juntamente con Basilio el Grande y Gregorio Nacianceno. Un siglo después de su muerte, Juan de Constantinopla recibió el título por el que se le conoce en la posteridad: “boca de oro”, en razón de su extraordinaria elocuencia que lo consagró como el máximo orador entre los Padres griegos.

Llamado Doctor de la Eucaristía. Expresa que una cosa es lo que se ve con los sentidos y otra lo que se cree. Por eso no debemos mirar lo que está delante de nosotros, sino escuchar las palabras de Cristo. Sus palabras son verdaderas. El misterio de la Eucaristía es accesible sólo a los ojos de la fe.

### 3.4. Los Padres de Occidente

#### 3.4.1. San Ambrosio de Milán<sup>7</sup> (hacia el año 339-397)

Resalta en sus tratados tanto la presencia de Cristo como el que preside la Eucaristía, así como la presencia real de Cristo en el pan y en el vino. Las palabras de Cristo es la que cambia la naturaleza del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre. Ciertamente lo que vemos es una semejanza del Cuerpo y de la Sangre, pero lo que recibimos es el mismo Cuerpo y Sangre del Señor.

La Eucaristía es el pan substancial y cotidiano que pedimos a Dios en el padrenuestro de la misa: substancial porque alimenta la substancia de nuestras almas; cotidiano porque debería tomarse todos los días. Recibir todos los días lo que todos los días te ha de aprovechar. (Bacocchi, de J, 1969. p.60).

#### 3.4.2. San Agustín<sup>8</sup> (354-430)

Nadie como San Agustín, había insistido tanto en el aspecto de la Eucaristía como sacramento y sacrificio de la unidad de la Iglesia y en la necesidad de la fe para recibir la gracia del Sacramento. El Doctor de la Gracia, nos expresa:

*“Invitó el Señor a sus siervos, y les preparó como alimento a sí mismo. ¿Quién se atreverá a comer a su Señor? Con todo, dice: Quien me come vive por mí. Cuando se come a Cristo, se come la vida. Ni se le da muerte para comerlo, sino que él da la vida a*

---

<sup>7</sup> Nacido en Tréveris, hacia el año 340, de una familia romana, hizo sus estudios en Roma, y comenzó una brillante carrera en Sirmio. El año 374, residiendo en Milán, fue elegido, de modo inesperado, obispo de la ciudad, y ordenado el 7 de diciembre. Fiel cumplidor de su oficio, se distinguió, sobre todo por su caridad hacia todos, como verdadero pastor y doctor de los fieles. Murió un sábado Santo, el 4 de abril del año 397. (Cf. Berthol A, “Patrología”, Tercera Edición, Editorial Herder, Madrid 1953).

<sup>8</sup> El más grande de los padres de la Iglesia y uno de los más eminentes doctores de la Iglesia occidental. Agustín nació el 13 de noviembre del año 354 en Tagaste, Numidia (hoy Argelia). Su padre, Patricio, era un pagano (más tarde convertido al cristianismo), pero su madre, Mónica, era una devota cristiana que dedicó toda su vida a la conversión de su hijo. Las fuentes para la vida y evolución espiritual de Agustín son extraordinariamente abundantes. La más importante, sin duda, son los 9 libros de sus *Confesiones*. (Cf. Berthol A, “Patrología”, Tercera Edición, Editorial Herder, Madrid 1953).

*los muertos. Cuando se le come da fuerzas, pero él no mengua. Por tanto, hermanos, no temamos comer este pan por miedo de que se acabe y no encontremos después qué tomar. Sea comido Cristo; comido vive, puesto que muerto resucitó”* (Sermón 132,1. *Comentario al Evangelio de San Juan*. Obras completas de San Agustín XXIII. BAC, p.173).

Y ante la grandeza del misterio de amor que significaba la Eucaristía, para su vida y para la vida del mundo, pues la Iglesia en la celebración de la Eucaristía, descubre su fuente y la cumbre de su vida:

*“¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! Quien quiere vivir, sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación de su vida. No le horrorice la unión con los miembros, y no sea un miembro podrido, que deba ser cortado; ni un miembro deforme, de quien el cuerpo se avergüence; que sea bello, proporcionado y sano, y que esté unido al cuerpo para que viva de Dios y para Dios, y que trabaje ahora en la tierra para reinar después en el cielo”.* (*Comentario al Evangelio de San Juan* 26,13. Obras de San Agustín XIII. Segunda edición, BAC, p.587).

En otro de sus sermones sobre la Eucaristía, nos recuerda que debemos conocer lo que hemos recibido, lo que vamos a recibir y lo que debemos recibir a diario:

*“Este pan que ustedes ven sobre el altar santificado por la Palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Lo que contiene el cáliz santificado por la Palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecado”.* (Sermón 227, *Sobre el sacramento de la Eucaristía*. Obras completas de San Agustín XXIV, BAC, p.285).

#### **4. EUCARISTÍA EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA**

Cuando hacemos referencia al Magisterio de la Iglesia, se vislumbra el poder conferido por Cristo a los apóstoles y a sus sucesores de presentar, depositar y salvaguardar la doctrina de la revelación de forma auténtica, presentándola como objeto de fe para conseguir la salvación. Esta autoridad de enseñanza es de institución divina, como se deriva de las palabras con que Cristo confía a los apóstoles la misión de evangelizar: *“Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a toda criatura”* (Mc 16,15). (Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003, p.587).

#### 4.1. En el Concilio de Trento<sup>9</sup> (1545-1563)

Da respuesta a los problemas planteados por los Reformadores<sup>10</sup> en reproche a la Iglesia. Trató el tema de la Eucaristía en tres momentos:

- La sesión XIII, que se ocupó de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Aquí se acuña el término de “Transustanciación”<sup>11</sup>, como absolutamente apropiado.
- La sesión XXI, que trató el tema de la comunión con el cáliz.
- La sesión XXII, que abordó el tema de la Eucaristía como sacrificio.

Los Reformadores no negaron una cierta presencia de Cristo en la Eucaristía; Trento nunca afirmó una presencia física, material, sino una sacramental y sustancial, situada en la realidad de la fe.

Trento es consciente de la presencia real, sacramental de Cristo en la Eucaristía y de la virtud que tiene en sí misma este sacramento. En lo que se refiere a la comunión bajo las dos especies se afirma que la Iglesia ha sido movida por graves y justas causas y razones a dar la comunión a los laicos bajo la sola especie de pan y que en esto no ha errado, ya que bajo una sola especie se recibe íntegro a Cristo. (Cuadernos PHASE 190, p.21).

#### 4.2. En el Concilio Vaticano II<sup>12</sup> (1962-1965)

---

<sup>9</sup> El Decimonono (19) Concilio Ecueménico se inauguró en Trento el 13 de diciembre de 1545, y se clausuró allí el 4 de diciembre de 1563. Su objetivo principal fue la determinación definitiva de las doctrinas de la Iglesia en respuesta a las herejías de los protestantes; un objetivo ulterior fue la ejecución de una reforma a fondo de la vida interior de la Iglesia, erradicando numerosos abusos que se habían desarrollado en ella. Con relación a la Eucaristía, estableció la presencia real, la conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo, y de toda la sustancia del vino en su sangre.

<sup>10</sup> Examinar las doctrinas frente a la Iglesia de Martin Lutero (1483-1546); Juan Calvino (1509-1564); Huldrych Zwinglio (1484-1531).

<sup>11</sup> Término acogido como más adecuado para expresar la fe de la Iglesia en relación a lo que acontece en el momento de la consagración del pan y del vino. Nos indica la profundidad del cambio de la realidad fundamental o substancia del pan, en realidad fundamental del cuerpo de Cristo. (Cf. *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*, Comisión Teológico-Histórica. CELAM. N°157. Bogotá- Colombia, 1999. p.123).

<sup>12</sup> Concilio ecuménico que se desarrolló **desde el 11 de octubre de 1962 hasta el 8 de diciembre de 1965**. Fue un acontecimiento histórico en la vida de la Iglesia del siglo XX. Llega a ser como la conclusión del período Tridentino y la apertura de una nueva fase de la historia de la Iglesia. Se debe principalmente a la acción profética de **Juan XXIII** la percepción de la necesidad de un concilio que marcara positivamente la nueva fase de la misión evangelizadora de la Iglesia; y a la indiscutible personalidad de **Pablo VI**, el coraje de haberlo llevado hasta el final y de haber emprendido los primeros pasos de la reforma. (Cf. Diccionario Teológico Enciclopédico. Editorial Verbo divino 2. Cuarta edición. Navarra- España, p.587).

Los movimientos que se dan en la Iglesia, entre ellos el movimiento bíblico, el patrístico, el litúrgico, el movimiento de la juventud. Pero también se da un hecho muy significativo en la ampliación del horizonte eclesial: pueblos de América, de África y de Asia hacen notar y sentir su voz dentro de la Iglesia. Las cuales se constituyen como elementos importantes para esta gran reforma. (Reyero Arias, M, 1982, p.274).

El Concilio Vaticano II puso fundamentalmente las bases y el impulso de una renovación de la liturgia eucarística; pero detrás de esta renovación están principios teológicos. Su reforma no es externa o estructural; toca a lo profundo. Desde una nueva y completa visión bíblica hasta el pensamiento teológico. Se trata de una amplitud de horizontes y de una profundidad espiritual pocas veces alcanzada.

El Concilio Vaticano II nos dice que:

*“la eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia”. ¿Quién es el bien espiritual de la Iglesia? No son los cuadros de arte, ni las catedrales, no los copones de oro, ni las vestimentas bordadas... El bien espiritual es “Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo” (Presbyterorum Ordinis, n.5).*

#### 4.2.1. En la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, sobre la Sagrada Liturgia

En el capítulo II del Documento sobre el misterio de la Eucaristía, se nos recuerda que:

*“Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera”. En ella: “Perpetuamos el sacrificio pascual de Cristo. Es banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo mismo” (SC, n.47).*

Cristo se hace presente en la Iglesia: asamblea de fieles congregados en su nombre; está presente también en su Palabra; presente también en la persona del Ministro; finalmente, sobre todo, está presente bajo las especies eucarísticas.

#### 4.2.2. En la Constitución *Lumen Gentium*, sobre la Iglesia

Es en la Eucaristía donde tanto la Iglesia, como el fiel cristiano, encuentran su propia realización, es decir su razón de ser. Ya que Ella es la liturgia por excelencia, donde se realiza la santificación, y el encuentro entre el hombre y Dios. Garantizando el crecimiento y la salud de la comunidad cristiana. Porque es *“fuente y culmen de toda la vida cristiana”* (LG, n.11).

*“De la Eucaristía vive y crece la Iglesia”* (LG, n.26). Es el “centro”, de toda la vida la vida cristiana, recobrando vitalidad, frente a las tribulaciones. Es centro también de la expresión de amor de Dios al hombre, entregada en el sacrificio redentor de su Hijo: *“Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo”* (Jn 13,1).

### **4.3. En las Encíclicas y Documentos Pontificios**

4.3.1. En la Encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, La Iglesia vive de la Eucaristía. (Juan Pablo II, 17 de Abril de 2003)

El Papa comienza esta carta afirmando que “la Iglesia vive de la Eucaristía”. Esta verdad encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia:

*“La Iglesia experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: “He aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20); en la Sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándola de confiada esperanza”.* (Ecclesia de Eucharistia, n.1).

Juan Pablo II, lo que pretende con *“Ecclesia de Eucharistia”* es, sobre todo, estimular en los cristianos “asombro y gratitud” ante el misterio de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, misterio cuyo objetivo es involucrar totalmente a toda la Iglesia en esta reflexión, para dar gracias a Dios por este don maravilloso.

4.3.2. En la Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis*, Sobre la Eucaristía. (Benedicto XVI, 19 de Mayo de 2007)

En ella se nos plantea algunas de las verdades fundamentales de la doctrina eucarística, induciendo a una digna celebración del rito sagrado, recordándonos también la urgente

necesidad que tenemos los cristianos, de desarrollar una vida eucarística en nuestra vida diaria.

La Eucaristía, es el maravilloso misterio de Dios Amor, que se nos manifiesta, se nos ofrece, y nos envuelve en su dinámica de entrega y comunión:

*“La santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre. En este admirable sacramento se manifiesta el amor más grande, aquél que impulsa a “dar la vida por los propios amigos” (Jn 15,13). En efecto Jesús “los amó hasta el extremo” (Jn 13,1). Con esta expresión, el evangelista presenta el gesto de infinita humildad de Jesús: antes de morir por nosotros en la cruz, ciñéndose una toalla, lava los pies a sus discípulos. Del mismo modo, en el Sacramento eucarístico Jesús sigue amándonos hasta el extremo, hasta el don de su cuerpo y de su sangre” (SC, n.1).*

Jesús nos entrega todo su amor en la Eucaristía:

*“En el sacramento del altar, el Señor va al encuentro del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,27), acompañándole en su camino. En efecto, en este sacramento el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad. Puesto que sólo la verdad nos hace auténticamente libres (Jn 8,36), Cristo se convierte para nosotros en alimento de la verdad” (SC, 2).*

La Eucaristía desarrolla un papel esencial en el crecimiento espiritual no sólo del cristiano, sino también de toda la comunidad cristiana. Ella nutre continuamente, con el alimento de comunión de vida, a quienes son llamados a dar testimonio de Cristo y de su buena noticia en el mundo. Por ello el cristiano necesita de la Eucaristía, necesita beber de esta fuente de gracia que le proporciona la fuerza suficiente y salud necesaria e indispensable para cumplir con dicha misión. De lo contrario no podrá cumplir con la misma. Esta función vital de todo cristiano, profundizaremos en el segundo capítulo.

## **CAPÍTULO SEGUNDO**

### **FUENTE DE GRACIA Y VÍNCULO DE CARIDAD**

Entre las muchas denominaciones que ha recibido la Eucaristía a lo largo de los siglos, el título que desarrollaremos en este Segundo Capítulo, además de ser una acepción más entre las ya abundantes designaciones sobre la Eucaristía; pretende resaltar la importancia del gran valor y significado de la Eucaristía como la fuente de Gracia para la Salud, tanto corporal como espiritual en la vida de todo cristiano. Siendo además el objetivo principal de nuestra investigación, para ayudar de esta manera a vivir con más plenitud este misterio central de nuestra fe. De ello se desprende también definir el significado de Enfermedad y de Salud, como elementos esenciales y constitutivos de la vida de fe de los cristianos, y cómo ambas acepciones por ser antagónicas, repercuten hoy en la vida cristiana. Ya que Cristo mismo se convierte en nuestra salud para hacer frente a toda enfermedad y además de crear el vínculo de caridad o felicidad plena junto a los hermanos.

Abordaremos también la naturaleza del sacrificio eucarístico y su actuar real y verdadero en la vida de los cristianos. Ya que en ella encontramos la fuente de donde mana toda gracia sacramental, necesaria para nuestro auxilio físico y espiritual, especialmente en aquellas circunstancias desfavorables de nuestra salud física y espiritual, en las que las enfermedades que nos aquejan parecen estar ganando la batalla, haciéndonos perder incluso el don maravilloso de la fe en Dios y en su manifestación poderosa, renegando de ella y poniendo nuestra confianza en prácticas y acciones supersticiosas ajenas e indiferentes a la voluntad sanadora y salvadora de Dios. Olvidando muchas veces que Nuestro Señor Jesucristo es el médico del cuerpo y del alma. Y que sólo en Él encontramos la salud necesaria para seguir caminando hacia el Reino de Dios.

#### **1. EUCARISTÍA FUENTE DE GRACIA**

Nuestra vida es don de Dios. Ya desde la creación del mundo todo es gracia. Gracia son todos los dones que Dios nos ha dado. Este regalo especial lo contemplamos en la creación, el mayor don concedido a los hombres. Pero la gracia especial y más grande ha sido la redención, que eleva y transforma la gracia de Dios. Es la que llamamos *gracia sobrenatural*, por ella descendió el Verbo de Dios a la humanidad en la Encarnación, para que el hombre, que había perdido este obsequio maravilloso, pueda recobrarla; y para que

podiera alcanzarla, *“Cristo muere en la cruz y resucita de la muerte por el poder del Espíritu de santidad”* (Rom 1,4).

La gracia redentora, que santifica a los redimidos, es la gracia que se derrama en la Eucaristía. Ella encierra todas las gracias, beneficios y dones, que en el tiempo, Jesús hace a su Iglesia: *“Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella”* (Ef 5,22). Y, en esa entrega, le dio su amor, le dio su vida, la llenó del don de su Espíritu. La *“Gracia”* es el don de la vida divina: *“Yo vine para que tengan vida”* (Jn 10,10).

La Eucaristía es el testimonio vivo y permanente de la gracia, del amor de Dios, que entregó a su Hijo, para dar la vida al mundo. Su celebración es el signo permanente de ese amor, para que encontremos la vida en Él.

El pan que da la vida misma, es quien hace también la unidad entre los que lo comen. En la gracia, somos uno en Cristo, para vivir en comunión y en unidad unos con otros. La vida que recibimos, fructifica esa unidad:

*“Los que Tú me has dado quiero que donde yo esté, estén también conmigo”* (Jn 17,24).

La Eucaristía es la fuente de toda gracia ya que: *“contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da la vida a los hombres por medio de su carne vivificada por el Espíritu Santo”* (Pp. Juan Pablo II, 2003, *Ecclesia de Eucharistia*, n.1, p.4).

*“De la Eucaristía, brota hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin”*. (Concilio Vaticano II: Sacrosanctum Concilium, n.10).

Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará al mundo. (Pp. Benedicto XVI, 2007, Discurso inaugural de *Aparecida*, p.7).

La Eucaristía, manifiesta la visión fundamental de la gracia de Dios. Gracia que representa el don divino, don que se distingue por su gratuidad. Don que consiste en la vida divina para la humanidad:

*“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día”* (Jn 6,54).

Puesto que la Eucaristía es el sacramento en el que se nos da al autor de la gracia, tiene una conexión excepcional con la vida entera del cristiano, que está llamado a alimentarse y a vivir de Ella. La presencia del cuerpo y de la sangre Cristo, es una presencia destinada a hacer brotar la gracia con una profusión sin límites. Cristo es la fuente de gracia para la salud del cristiano. Por ello la Eucaristía, se convierte en el conducto a través del cual pasan todas las corrientes de gracias y bendiciones que Dios tiene para el ser humano. Pues Cristo a través de Ella, ha querido nutrir a la humanidad y transformarla en vida divina. Una vida nueva que supera toda eventualidad.

De nosotros depende vivir de esa gracia y ese amor que el Señor nos ofrece y que nos comunica continuamente, y quiere que también nosotros la comuniquemos y la hagamos fluir sin los obstáculos e interferencias que supone el pecado, que es también signo de enfermedad.

## **2. SIGNIFICADO DE ENFERMEDAD**

Nos refiere a un estado patológico debido a la alteración de la función de un órgano o de todo el organismo.

Desde el mismo momento en el que el hombre es corporeidad, la enfermedad tiene un doble carácter, físico y psíquico. La condición patológica manifiesta al paciente su estado creatural y pone a prueba sus resistencias humanas. La actitud madura se ve afectada por los influjos de la corporeidad que están fuera del dominio de la persona. Evidentemente, el hombre tiene que resistir y luchar para vencer la enfermedad. Lo que no puede sin embargo eliminarse de la enfermedad tiene que aceptarse como respuesta a la llamada misteriosa de Dios.

Es una equivocación pensar que la enfermedad es una pausa en el verdadero movimiento de la existencia. El dinamismo de la vida prosigue intensamente en la enfermedad soportada con espíritu cristiano.

A través de la gracia de Dios, el hombre recibe la ayuda necesaria para la salvación, se siente reanimado por la confianza en Dios y obtiene nuevas fuerzas contra las tentaciones del maligno y la ansiedad de la muerte. De esta manera no sólo se puede soportar válidamente el mal, sino combatirlo y conseguir incluso la salud. El efecto propio de la gracia sacramental de la Eucaristía, consiste en ayudar a vivir de forma positiva y salvífica la situación de la enfermedad. (Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003, p.304).

## **2.1. Jesús y el sufrimiento**

A los interrogantes humanos sobre el sufrimiento Dios respondió encarnándose, es decir, aceptando compartir el padecimiento humano.

Nosotros intentamos justificar nuestras carencias frente a Dios y al prójimo con las múltiples dificultades de la existencia, porque cuesta demasiado mantenerse honrados, estar siempre disponibles, tomar partido en favor de los marginados y aceptar la dureza de una enfermedad que se prolonga sin esperanza.

Jesús, para redimirnos, recorrió nuestro camino hasta el final, despojándose de su condición divina, “tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres” (Flp 2,7), compartiendo nuestras decepciones y amarguras, aceptando ser víctima de la incomprensión y del odio; y, en este contexto existencial de dolor, dio pruebas de su fidelidad a Dios y de su amor redentor a los hombres hasta la tortura de la cruz. En esta “kénosis” integró la nueva vitalidad del Espíritu; en el sufrimiento nos dio la prueba de su amor, y en la muerte completó su victoria (1 Cor 15, 55); esto es, el misterio pascual de vida y muerte en tensión hacia la resurrección.

Consideramos que Cristo confirió un valor salvífico a todo sufrimiento humano, aun inconsciente, incluyendo el dolor de los niños y de cuanto han perdido conocimiento crítico, siempre que el que sufre no quiera sustraerse culpablemente a esta forma de redención.

En el testimonio de la vida de Jesús se insertan sus relaciones de predilección por los que sufren, los enfermos, independientemente de la forma de sus sufrimientos: de culpabilidad (la mujer sorprendida en adulterio. Jn 8,1-11), de marginación social y religiosa (la samaritana. Jn 4; la visita a Zaqueo. Lc 19,1-10). Las numerosas curaciones de enfermos se insertan como signo de la curación global o redención que él nos ofrece, exigiendo nuestra participación comprometida de fe, y que él mismo realiza gradualmente en la totalidad de nuestra vida, que se extiende más allá de las fronteras terrenas. En la otra vida, glorificada por Cristo resucitado, se verificará la plenitud de la vida, la victoria completa sobre toda forma de sufrimiento: “No habrá más muerte, ni luto, ni clamor, ni pena” (Ap 21,4). (Nuevo Diccionario de Espiritualidad, 1983, p.428).

## **2.2. La prueba del sufrimiento**

El sufrimiento es una dura prueba de nuestra madurez humana y cristiana, destruye las pretendidas seguridades, pone en crisis las motivaciones ideales no profundizadas ni asimiladas adecuadamente, estimula una revisión de nuestra forma de ver la vida y de nuestro modo de comprender y aceptar la voluntad de Dios.

Durante el sufrimiento, la persona se siente tentada a cerrarse en su miedo y a ver solamente su situación; sin darse cuenta puede hacerse demasiado exigente, aunque se niegue a pedir ayuda porque no sabe aceptar sus propios límites; puede volverse insoportable o infantilmente generosa; puede caer en la rebeldía neurótica, que se niega a mirar de frente la realidad o adopta la actitud de víctima.

Aceptar la voluntad de Dios significa reaccionar con él ante las enfermedades y sufrimientos propios y ajenos y actuar con mayor justicia. La crisis provocada por el sufrimiento y la enfermedad, debe suscitar una nueva visión de la vida, una maduración humana y una espiritualidad que difícilmente se habría alcanzado sin este itinerario de dolor.

Debemos entrenarnos en el sufrimiento como debemos educarnos para vivir, porque la vida implica sufrimientos. Se trata pues de una educación hecha de coraje, constancia, capacidad de diferir y moderar los propios deseos, sentido de realismo para aceptarse a sí mismo y a los demás con nuestros límites, con nuestros fallos y nuestros pecados. Una educación para la vida que debe iniciarse en los primeros años, rechazando toda forma de exhibiciones y de egoísmos. (Nuevo Diccionario de Espiritualidad, 1983, p.429).

### **3. SIGNIFICADO DE SALUD**

La Salud es un estado de bienestar físico, psíquico y social. Por consiguiente, no es solamente del estudio del cuerpo de donde puede sacarse la definición o el significado de salud, sino de la consideración de toda la persona en su vocación global y en su destino final. Es el “perfecto estado de bienestar corporal, espiritual y social”.

La verdadera salud guarda una estrecha relación con la autorrealización de la persona humana. Un concepto de salud puramente fisiológico, es decir, entendida como ausencia de dolor y como vitalidad exuberante, es un concepto demasiado limitado y peligroso. En una visión tan restringida como ésta, la salud podría incluso impedir el bienestar verdaderamente humano. Cada individuo tiene la obligación de conservar su propia salud. Pero el factor decisivo es el grado de caridad con que se mira la salud, aceptándola como

un medio para realizar la propia vocación. (Diccionario Teológico Enciclopédico, 2003, p.878).

El hombre está conformado por materia y espíritu, pero habitualmente se cuida más el desarrollo del cuerpo que el del alma. En el plano material, la salud y la fortaleza física es la base del cuerpo. Corporalmente, una persona tiene una salud fuerte, cuando generalmente su vida es sana y carece de enfermedades. En el plano espiritual la salud es fuerte, cuando se dispone de una fuerte fe, que es la que proporciona una sana vida espiritual. La fe, es la base de toda vida cristiana, sin ella nos costará aceptar el milagro de la Eucaristía, alimento que da vida y nos devuelve la salud. (Poitevin, 2012, p.74).

Nuestro Señor Jesucristo se hace uno con nosotros de modo que podemos también nosotros decir: *“Y ahora ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Todo lo que vivo en lo humano lo vivo con la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Ga 2,20). A través de la Eucaristía él quiere ser uno con nosotros, física y espiritualmente.

Sobre el valor de la Sagrada Comunión como fuente de gracia para quienes sufren, se tienen las palabras del propio Jesús en sus revelaciones privadas a Santa Faustina Kowalska<sup>13</sup>:

*“Has de saber que la fuerza que tienes dentro de ti para soportar los sufrimientos la debes a la frecuente sana comunión; pues ven a menudo a esta fuente de la misericordia y con el recipiente de la confianza recoge cualquier cosa que necesites”* (Kowalska, Faustina, 1935, sesiones 47, 48,49).

Cuánto mejor los cristianos podemos beneficiarnos de este maravilloso Misterio si se recibiera siempre el Cuerpo de Cristo como debemos, hasta esperar y confiar la sanación de nuestras enfermedades de cuerpo, mente y espíritu.

Por eso Kempis, Tomás<sup>14</sup> (1989), el famoso sacerdote holandés del siglo XV, nos dice que: *Tanta es a veces esta gracia, que de la abundancia de devoción que da, no sólo anima, sino más aun el cuerpo flaco siente haber recibido fuerzas mayores.*

---

<sup>13</sup> Helena Kowalska, también conocida como Santa María Faustina Kowalska. (25 de agosto de 1905- Cracovia, 5 de octubre de 1938), llamada Apóstol de la Divina Misericordia, fue una monja católica polaca. Escribió un largo diario en el que recogió alrededor de 600 mensajes que recibió de Jesús.

<sup>14</sup> Tomás de Kempis C.R.S.A. (Kempen, 1380 - Zwolle, 30 de agosto de 1471) fue un canónigo agustino del siglo XV, autor de la *Imitación de Cristo*, una de las obras de devoción cristiana más conocida desde entonces, redactada para la vida espiritual de los monjes y frailes, que ha tenido una amplia difusión entre

### 3.1. Cristo Nuestro Bienestar

El estar bien es sinónimo de contar con buena salud, y estar bien de salud, es encontrarse felices, es decir, es hallarse en gracia de Dios. Y Dios es la única fuente de toda felicidad verdadera. Sólo Dios nos hace felices. Esto es necesario porque los creyentes no somos lo suficientemente fuertes y buenos para hacer felices por nosotros mismos. Necesitamos de su gracia, de su amor. Él nos da todo lo que necesitamos:

*“De su plenitud hemos recibimos todos, gracia sobre gracia”* (Jn 1,16).

Los creyentes podemos permanecer felices, porque aun teniendo poco de lo que este mundo ofrece, contamos con las bendiciones espirituales de Dios. En la persona de Cristo tenemos todas las cosas que necesitamos para el camino. Alimentándonos de Él los cristianos encontramos nuestro bienestar. Aun en medio de los problemas y dificultades. Porque sabemos nuestro Señor es:

*“Poderoso para socorrer a los que son tentados”* (Heb 2,18).

La salud de la persona es ante todo una experiencia compleja, el resultado de percepciones (sentirse bien en el propio cuerpo) y también de interpretaciones y valoraciones, en estrecha relación con un mosaico de factores culturales, socioeconómicos, religiosos. La salud remite a un sentido de integridad, totalidad, plenitud y realización del hombre. Realización que sólo lo encuentra en la persona de Cristo Jesús, nuestro Señor. Por ello la salud es una meta a alcanzar (y no sólo mantenerla), es una vocación que hay que compartirla con los demás, es un proceso, frágil a menudo, en diálogo con otras experiencias de la vida (la enfermedad, el sufrimiento, la felicidad, el dolor, etc.)

La encarnación constituye el inicio de una pedagogía y de una acción “saludable” para ser felices. Descendiendo de su posición de “bienestar”, Cristo viene ante todo a enseñarnos a ser hombres y a serlo en profundidad: se trata de un nuevo realismo que reconcilia con los límites, porque el hombre es sólo hombre, necesitado de la gracia. Un realismo que es preciso aprender, dejándose diagnosticar, educar y curar de la falsa pretensión de ser dioses (Gen 3,5).

Descendiendo hasta nosotros, Cristo enseña también que el camino hacia la plenitud comienza desde abajo: se trata de una vía accesible a todo hombre, y en especial, a

---

los miembros de la Iglesia católica; algunos importantes autores de espiritualidad cristiana le han dado gran relieve, como Teresa de Lisieux, Bossuet y Juan Bosco, entre otros. La Iglesia anglicana lo considera santo.

aquellos que habitan en ese nivel (los pobres, los enfermos, los pecadores), así como a todos aquellos que tienen el valor de reconocerse como tales. Cristo, venido para que todos tengan vida, y vida en abundancia (Jn 10,10), es salud de Dios para todos, y no sólo para los enfermos, también para los sanos, los bienaventurados y felices. Con su palabra, sus gestos y su persona irradian salud:

*“Toda la gente procuraba tocarle, porque de él salía una fuerza que sanaba a todos”* (Lc 6,19).

Jesús potencia lo mejor de cada uno, devuelve la dignidad perdida, ayuda a convivir con el propio cuerpo y a ser señores del mismo, lucha contra los comportamientos patológicos<sup>15</sup>, sana las relaciones interpersonales estableciendo una convivencia más solidaria, ofrece una visión positiva de la vida y señala que son la solidaridad y el amor el camino de la felicidad humana. Jesús no es un curandero. Es el Salvador que realiza gestos terapéuticos como signos del Reino. Los signos terapéuticos de Jesús son una prueba de la valoración positiva de todo lo humano; una valoración que se afirma en contextos marcados por una gran conflictividad. Cristo no desprecia nada de cuanto acontece en el hombre. Al contrario, ofrece salud y vida nueva, que se genera gracias a la curación. La persona beneficiada está “sanada” porque, además de recuperar la vista o de caminar, es igualmente capaz de cambiar y comenzar una nueva vida, se reinserta en la comunidad, habita su cuerpo de un modo nuevo:

*“Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”* (Ga 2,20). La salud ofrecida a los enfermos es la misma salud ofrecida a todos.

La salud se sitúa en la perspectiva de la salvación, se identifica con aquel que es, al mismo tiempo, médico y medicina, terapeuta y salvador, hombre nuevo y símbolo de la humanidad recreada en Cristo. La salud humana camina por el sendero que Cristo recorrió: la indigencia y la plenitud, la kenosis<sup>16</sup> y la glorificación. Y es este también el

---

<sup>15</sup> Lo patológico, se trata de aquél comportamiento que se transforma en una enfermedad. Supongamos que una persona tiene el hábito de ir al casino para apostar. Cuando dicho comportamiento se repite de manera insistente e impulsiva, la conducta del sujeto se habrá vuelto patológica y podrá decirse que el individuo es un ludópata (adicto al juego).

<sup>16</sup> En la teología cristiana, la *kénosis* (vaciamiento) es el vaciamiento de la propia voluntad para llegar a ser completamente receptivo a la voluntad de Dios. Esta palabra es usada en la Biblia en Filipenses 2,6-11. *“Quien siendo en forma de Dios, no consideró ello como algo a que aferrarse; sino que vaciándose a sí mismo, tomó forma de siervo, siendo hecho en semejanza de hombre y hallado como uno de ellos...”*. En la espiritualidad cristiana, se asocia con los términos “anonadamiento”, “vaciamiento”, “despojamiento”, “desapego” o “desasimiento” del alma.

itinerario de la salud humana: para crecer, algo debe morir; para curar a los demás es necesario compartir la propia vida; para vivir sanamente siendo felices es preciso integrar en la existencia el sufrimiento y la muerte; para ser libres hay que dejarse liberar; para producir frutos es preciso dejarse sepultar. (Marinelli, 2012).

Jesús, otorga a los hombres la responsabilidad de curar a sus hermanos, como nos recuerda San Juan:

*“De cierto, les digo: El que en mí cree, las obras que yo hago también él las hará; y mayores que éstas hará; porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidan al Padre en mi nombre, esto haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieran en mi nombre, yo lo haré”* (Jn 14,12.14).

#### **4. NATURALEZA DEL SACRIFICIO EUCARÍSTICO**

En el sacrificio eucarístico se ofrece el mismo Cristo. Es siempre Él y sólo Él, es el precio pagado por nuestra salvación. Por esto, en la celebración eucarística, el cuerpo y la sangre de Cristo se hacen presentes y se nos da como comida y bebida.

Es Cristo quien se ofrece a sí mismo. Él mismo durante la última cena consumió esta ofrenda, pronunciando las palabras de la consagración sobre el pan y el vino. En las celebraciones eucarísticas, no estando ya en la tierra, Cristo no podría cumplir el gesto visible de la ofrenda que todos conocemos. Pero sin embargo actúa a través del ministerio del sacerdote; gracias a esta mediación visible a nosotros, repite de modo invisible el gesto de la ofrenda. Y esto responde a la orden de reiteración que nos ha dejado:

*“hagan esto en memoria mía”* (Lc 22,19).

En el sacrificio de la Cruz, Jesús se inmolo en forma **Cruenta**, o sea con el derramamiento de su sangre. En la Santa Misa también Jesús sacrifica su cuerpo y su sangre, pero sin derramamiento o sea, en forma **Incruenta**. El sacrificio Cruento es el de la Cruz, y el Sacrificio Incruento es la Santa Misa. Ambos se asemejan en que Jesús está verdaderamente presente: en la Cruz, como hombre que se ofrece en sacrificio. En la Misa, también está realmente presente en el pan y el vino consagrados en su cuerpo y sangre respectivamente.

##### **4.1. El Sacrificio Redentor**

La implicación de Cristo en el sacrificio eucarístico no es inferior a su implicancia en el sacrificio de la cruz, porque es Él mismo quien hace la ofrenda y también Él mismo quien es la víctima.

La única diferencia entre los dos sacrificios consiste en el modo de ofrecer. El sacrificio de la cruz comporta una inmolación sangrienta, mientras que el sacrificio eucarístico es de orden “ritual”<sup>17</sup> y excluye todo derramamiento de sangre. Además, el sacrificio eucarístico tiene como elemento distintivo el hecho de que el cuerpo y la sangre de Cristo se ofrecen bajo especies de pan y vino, es decir, bajo signos sacramentales. Por tanto podemos definir el sacrificio eucarístico como sacrificio sacramental, mientras que el de la cruz único. En el calvario se cumplió de una vez por todas el sacrificio que obtiene a salvación del mundo. Tal sacrificio es un acontecimiento histórico que, inserto en un momento preciso de la historia y en circunstancias bien determinadas, que no se repite más en cuanto tal. Por ello conservará para siempre un carácter único.

En cambio el sacrificio sacramental, está destinado a repetirse para favorecer el crecimiento de la Iglesia. Ambos sacrificios, están en estrecha relación con el Señor y dependen enteramente de Él, porque la víctima es la misma y es Él mismo quien la ofrece. Estamos haciendo referencia entonces a un sacrificio redentor. En esto consiste la naturaleza misma del sacrificio eucarístico, en que nuestro Señor Jesucristo, se ofreció así mismo, se donó para la redención del mundo. (CELAM, 1999, p.23).

En la Eucaristía, *están representados la victoria y el triunfo de la muerte de Cristo* (SC 6). Por ello la Eucaristía debe ser celebrada como una fiesta, siempre en un clima de alegría. Ella confirma la verdad fundamental del triunfo divino sobre todas las fuerzas (enfermedades) que ponen en peligro el destino del hombre y de la humanidad.

La Eucaristía, procura a todos, en especial a los cristianos, la renovación de su vida misma. Demuestra que el efecto del sacramento redentor no está sólo limitado a la remisión de los pecados, sino que consiste sobre todo en el desarrollo de la vida divina de Cristo, en nuestras vidas: *“Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí*

---

<sup>17</sup> No podemos considerar la consagración eucarística como un simple rito, es decir una simple costumbre o actos repetitivos, que se desarrollan en una celebración. Si bien es cierto la ofrenda del pan y del vino no realizan el sacrificio, pero sin embargo la preparan y la encaminan. Debemos considerar las palabras de Jesús: Esto es mi cuerpo y Esto es mi sangre, como el signo eficaz, porque realiza lo que significa. Signo de la ofrenda personal de Aquél que es la fuente de toda gracia. (Cf. *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*, Comisión Teológico-Histórica. CELAM, n.157. Bogotá- Colombia, 1999).

y yo en él” (Jn 6,56). Suscitado y mantenido gracias a la acción del Espíritu Santo. La fuerza de la resurrección remedia todas las debilidades y flaquezas de la vida terrena. De esta forma adquiere todo su significado la relación de la Eucaristía con la obra de la salvación.

#### **4.2. Sacrificio y Celebración**

Para los cristianos el sacrificio es más que una acción cultural. Se identifica con la misma vida, de entrega, de obediencia, de oblación de Jesús, y junto con él nosotros. Y, sin embargo, esta vida de entrega se puede representar en signos. A propósito de la Última Cena de Jesús y su sentido sacrificial:

*“La última cena tuvo una dimensión sacrificial en cuanto que en ella se condensa y se comprendía la vida entera y la muerte de Jesús como diaconía, como oblación y entrega del Hijo por los hombres al Padre. Evidentemente que los signos que remiten a la realidad sacrificial de la vida y muerte de Jesús han de tener ellos mismos una impronta sacrificial”*. La vida, la muerte de Jesús, así como la vida y muerte de los cristianos es un auténtico y verdadero sacrificio de amor. (Gesteira, M, 1983, pág. 282).

El amor ofrecido en sacrificio, es también amor celebrado, amor expresado en signos y símbolos, en gestos y acciones, haciendo de todo ello una verdadera celebración o fiesta de amor de Dios, de comunión eclesial, de ágape fraterno, de proclamación y confesión de fe en el verdadero Amor.

Juan Pablo II, hablando de *“Eucaristía y Caridad”* en su Carta dirigida a los Obispos, Sobre el Misterio y el culto de la Eucaristía, n.5-6, afirma: *“Si la vida cristiana se manifiesta en el cumplimiento del principal mandamiento, es decir, en el amor de Dios y al prójimo, este amor encuentra su fuente precisamente en el Santísimo Sacramento, llamado generalmente sacramento del amor. No sólo conocemos el amor, sino que nosotros mismos comenzamos a amar. Entramos, por así decirlo, en la vía del amor y progresamos en este camino. El amor que nace en nosotros de la eucaristía, se desarrolla gracias a ella, se profundiza, se refuerza”*.

Y Benedicto XVI, en la Exhortación apostólica *“Sacramentum Caritatis”* n.8, dice al respecto: *“En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación. En ella el Dios Trinitario, que en sí mismo es amor (1Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. Dios es comunión perfecta de amor entre el*

*Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En la eucaristía nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina. El misterio de la fe es misterio de amor trinitario, en el cual, por gracia, estamos llamados a participar. Por tanto, también nosotros hemos de exclamar con San Agustín: Ves la Trinidad, si ves el amor”.*

### **4.3. Sacramento de Piedad, Signo de Unidad, Vínculo de Caridad**

La Eucaristía, **sacramento de piedad**, revela, manifiesta y comunica el amor de Dios a la Iglesia y a cada uno de sus miembros, cuando éstos se abren a su gracia: creyendo en el Amor, poniendo en Él su esperanza y dejándose impulsar y animar.

Dios se revela y nos revela su amor para atraer a Sí al hombre que ama. Él se acerca al hombre y le llama con lazos de amor, con cuerdas humanas (Os 11,4), dándose a conocer. Dios se hizo cercano al hombre en su Hijo y éste ha dado su vida, para que el hombre encontrara su vida. Pues el Hijo de Dios entró en la vida no como simple palabra predicada sino que se entregó a los hombres como gracia, amor y vida, dándoles el poder de ser hijos de Dios (Jn 1,12) y haciéndoles partícipes de su gracia:

*“De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia” (Jn 1,16).*

La Eucaristía, es para el creyente una respuesta privilegiada a su deseo de gracia, a su hambre de amor, es respuesta a la sed del Dios por quien suspiramos. Así nos relata San Agustín:

*“En el hombre hay un hambre, que nadie puede saciar y sólo queda satisfecho, cuando prueba este pan celestial, que sabe dulcísimo al corazón” (Comentario al Evangelio de Juan 26,4. Obras Completas de San Agustín, BAC).*

La Eucaristía es **signo de unidad** en cuanto lleva a cabo la profecía de Jesús, que dijo: *“Cuando yo sea levantado en alto atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32)*. Por ella somos convocados en la Iglesia. Vemos también lo escrito por San Pablo refiriéndose a la Eucaristía. *Los que comen de un solo pan, forman un solo cuerpo (1 Cor 10,17)*. Quienes celebramos la Eucaristía nos reunimos en la Iglesia, en la unidad de un solo pan, en la comunión con Cristo, que es nuestra paz y por quien Dios Padre reconcilio en él todas las cosas (Col 1,20). En la Eucaristía, donde se nos da el Pan de vida, se lleva a cabo la perfecta reconciliación de los creyentes, que son alimentados con el Pan de la unidad en el Cuerpo de la Iglesia. La Eucaristía celebra esta unidad en la acción sacramental, y en ella se sacian los bautizados. Tiene una dimensión eclesial: realizar la unidad de la Iglesia,

viviendo el misterio que reconcilió a la humanidad con Dios en Cristo, que es nuestra paz. Y, en esta comida, que simboliza la unidad, se realiza esta unidad, que hace uno a los muchos que comen el mismo Pan y se sientan como hermanos a la mesa del Padre.

La Eucaristía es también *vínculo de caridad*, pues el caminante tiene necesidad de pan y de amor; tiene necesidad de ayuda. El amor es lo que nos da la Eucaristía. En ella encontramos el Espíritu del Padre y del Hijo, el Espíritu de Amor, que nos lleva a Cristo, nos une a él y nos hace vivir el gozo de sentarnos en este misterioso banquete, donde Cristo, el camino, nos ofrece su pan, en el camino de la historia, el pan que da la vida eterna. En este misterioso banquete, recibimos la efusión del Amor, la efusión del Espíritu Santo, que nos hace degustar la gloria, en la gracia; y nos revela en la fe lo que será vivir su plenitud cara a cara. La caridad es:

*“el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”* (Rom 5,5).

Jesús enseñó que debería volver hacia el Padre y las enfermedades continuarían existiendo cuando Él ya no estuviese físicamente entre nosotros y cuya misión de llevar hacia delante sus obras estaría a cargo de aquellos que creen en Él y que esas obras serían todavía aún mayores:

*“A fin de que todo cuanto en mi nombre pidieran al Padre, Él les concederá”*. (Jn 15,16).

Y se quedó con nosotros como alimento de vida, para acompañarnos todos los días de nuestra vida, hasta el final de los tiempos, en la Sagrada Comunión de su cuerpo y de su sangre, tema que nos ocupará en el tercer capítulo.

## CAPÍTULO TERCERO

### EUCARISTÍA ALIMENTO DE VIDA

#### Reflexión Teológica, Pastoral y Espiritual

La comunidad cristiana lleva más de dos mil años celebrando este sacramento con gran gozo: se reúne, escucha la Palabra y recibe el alimento eucarístico. Y en esta celebración es donde de modo privilegiado va reconstruyendo continuamente sus propias raíces y trata de mantenerse fiel a su fe. En un mundo que nos lleva a un creciente enfriamiento de la fe, y que nos sitúa en una notoria mezcla de expresiones religiosas, la Eucaristía necesita ser hoy más que nunca el alimento para la vida y la salud de los cristianos. La que más eficazmente ayude al cristiano, a su familia, y con ella a toda la comunidad a ir creciendo y madurando en su fe, renovando continuamente su identidad, a la luz de la Palabra de Dios.

De hecho vivimos en una sociedad en la que los valores absolutos se están perdiendo. Con lo que podemos afirmar que cada vez se está desplazando a Dios del centro de la vida misma de las personas y por ende de la vida de los cristianos. En general se ha pervertido la fe, justamente porque vivimos en una cultura cada vez más laicista<sup>18</sup>, secularizada<sup>19</sup> y relativista<sup>20</sup>. (Castillo, 2012, p.32).

Esta es nuestra reflexión en este tercer capítulo, la cual queremos enraizarla en la vida de los cristianos. Destacando la importancia de la comida en la vida y en la práctica de Jesús como su forma privilegiada de hablarnos del Reino de Dios, descubriendo el valor de cada uno de los símbolos que en ella se destacan (comer, fiesta o banquete, pan de vida, mesa familiar), es por ello que la Eucaristía es el sacramento de la vida de los cristianos. Enfatizando en la persona de Cristo como hombre Sano, Saludable y Sanador. Así como

---

<sup>18</sup> De **Laicismo**, corriente ideológica que defiende la independencia del hombre o de la sociedad, y especialmente la del Estado, de toda influencia religiosa o eclesial.

<sup>19</sup> De **Secularismo** (de secular) es aquel pensamiento o actuación que es perteneciente o relativo a la vida, estado o costumbre del siglo o mundo y, por tanto, que no tiene órdenes clericales y es ajeno a las prácticas y usos religiosos.

<sup>20</sup> De **Relativismo**, corriente filosófica que se fundamenta en una idea: la verdad absoluta no existe. Dicho con otras palabras, la verdad es relativa, en el sentido de que el concepto de verdad depende de criterios variables (teorías científicas, valoraciones personales o tradiciones culturales). Se opone al Dogmatismo, que es el planteamiento intelectual que defiende la existencia de una verdad o dogma como principio fundamental.

también la figura de María, Madre de Cristo y Madre nuestra, como modelo y mujer eucarística, que se adhirió plenamente al sacrificio de su hijo, poniéndose en las manos de Dios y confiando plenamente en su voluntad salvífica. Pues nosotros anhelamos esa salvación alimentándonos justamente con la comida de vida eterna.

La Eucaristía no es sólo un precepto religioso que hay que cumplir al comulgar diariamente o cada domingo; ni sólo un momento de religiosidad y celebración de una hora de nuestro itinerario diario, que puede darnos paz, salud y sosiego interior. La Eucaristía abarca el ser mismo del cristiano, ya que al alimentarse del cuerpo de su Señor, se configura con Él, formando un solo cuerpo. Esta comunión con el Señor, nos abre amplios horizontes de fraternidad y amor con los demás.

Benedicto XVI Así lo manifiesta al recordarnos la unión que proviene de la Eucaristía:

*“Nos hacemos un cuerpo, aunados en una única existencia. Ahora, el amor a Dios y al prójimo están realmente unidos: el Dios encarnado nos atrae a todos hacia sí. Se entiende, pues, que el agapé se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el amor de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros”* (Deus caritas est, n.14).

La Eucaristía es uno de los siete sacramentos que tiene la Iglesia para alimentar la vida de los cristianos. Esto es algo que aprendemos desde muy pequeños o, al menos, cuando nos preparamos para hacer la *“primera comunión”*. Aunque en muchos de los casos, después de esa primera comunión, la segunda tarda hasta años en llegar, lo cual está expresando una manera o forma de entender los sacramentos. Como simples ritos que celebramos en momentos especiales de nuestras vidas, pero que en realidad no son vida y mucho menos son celebración, sólo quedan en simples momentos de la vida.

## **1. EL SACRAMENTO DE LA VIDA Y DE LA FIESTA**

La Eucaristía es la actividad central de la Iglesia, pero esa actividad aparece ante la mayoría como un acto de culto, ritual y sagrado, no como un acto familiar y comunitario como puede ser la acción misma del sentarse a la mesa a comer y compartir el alimento diario. Este acto central de la vida de los cristianos, lo vemos reflejado en el Nuevo Testamento, cuando se le llama *“fracción del pan”* (Hech 2,42) y también *“cena del Señor”* (1Cor 11,20), ambos términos están relacionados con esta experiencia básica que es el comer. El *“partir el pan”* representa el rito de la comida familiar en el mundo judío,

presidida por el padre de familia, por el que se daba gracias a Dios por el alimento de cada día. Este era un gesto humano, familiar y religioso al mismo tiempo, que el Señor Jesús hace suyo.

Por otra parte, la “*cena del Señor*” nos remite igualmente a esa experiencia humana del comer juntos en un momento privilegiado de la vida de Jesús. Es el Señor, ciertamente y veremos qué sentido quiso Jesús atribuirle, pero es también “*cena*”, que es igual a “*comida*”. Lo sorprendente es que Jesús haya querido dejar a su Iglesia, como acto central por el que quiere ser recordado, el acto humano de la comida. ¿Por qué la comida y no el ayuno, por ejemplo, u otro cualquier signo distintivo? Porque pareciera que, según la mentalidad corriente de la época de Jesús, el ayuno acercaba más a Dios que la comida. Y eso explica que Jesús aparezca en los evangelios como el que come con los hombres y tenga que defenderlos por ello:

*“Viene el Hijo del Hombre que come y bebe, y dicen: vaya un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores”* (Mt 11,19).

### **1.1. La Mesa Familiar**

La Eucaristía no es comer en un simple acto de “*self-service*”<sup>21</sup> (autoservicio), sino es comer unidos en familia, abriendo el corazón y agrandando la mesa para que haya sitio para todos.

La vida moderna con sus prisas y el aislamiento cada vez mayor entre las personas, nos están enseñando a comer solos. Los “auto-servicios” se multiplican haciendo que predomine el afán de economizar tiempo sobre el de confraternizar y el disfrutar de la presencia del otro en un momento tan especial. La comida en la mesa familiar crea comunión, favorece la comunicación. Por eso la mesa es también sacramento, así como la Eucaristía es mesa y altar de comunión.

La mesa y la comida articulan el gran anhelo de todo cristiano: sentar a todos los miembros de su familia en torno a la misma mesa, para compartir el sustento y la vida misma. Cosa que hoy en día es difícil de apreciar en nuestras familias cristianas. Es en la mesa familiar en donde se sienten las presencias y las ausencias. Hasta la comida no sabe

---

<sup>21</sup> En esta nueva forma los comensales se ponen en filas y se dan la espalda, sin mirarse ni mucho menos hablarse. Esto crea y favorece la incomunicación y el aislamiento. (Cf. CONTRERAS, J. *Antropología de la alimentación*, 68)

igual si alguien está ausente o si está presente alguien con quien no comulgamos o hemos tenido algún altercado. No podemos dejar de lado que la Eucaristía es comunión, pero también es perdón y es reconciliación. No perdamos de vista también que la Eucaristía inició en torno a una mesa familiar. Es la Vida, que se hace comida, justamente para darnos vida y vida en abundancia (Jn 10,10). (Díaz, 1995, p.138).

## **1.2. La Fiesta de la Vida**

La mejor expresión de la comida en común es el banquete, la fiesta. Si la mesa expresa mejor la dimensión familiar del comer, la fiesta nos habla de su dimensión social y comunitaria. La fiesta es un símbolo, un sacramento de la vida.

La fiesta es la celebración comunitaria y gozosa de experiencias y aspiraciones comunes. Las circunstancias pueden ser variadas (como un nacimiento, matrimonio, aniversario, etc.) pero lo esencial permanece: una afirmación de la vida, de la amistad, pero sobre todo de la comunión, y una especie de juicio de valor sobre nuestro mundo y sobre nuestra existencia. Es ruptura con la monotonía y la rutina de la vida. Es la vida misma, despojada de lo cotidiano y vivida en plenitud como expresión simbólica de la aspiración a la felicidad y a la vida que hay en el corazón del ser humano. *“A pesar de las contradicciones y los fracasos, no obstante todos los sufrimientos y todas las frustraciones, la celebración festiva no es una evasión sino un sí a la vida, porque es sumergirse en la profundidad de la existencia, asumiendo lo que hay en la vida de gozoso, de positivo y de bello, para expresarlo con alegría”* (Castillo, 2012, p.35).

De la riqueza de este símbolo (sacramento) humano, podemos destacar tres aspectos importantes: En primer lugar el *“celebrativo”*, el hecho de poder estar juntos sin prisas y sin urgencias, es la mejor expresión de amor y amistad porque se enmarca en la gratuidad. A nuestros pueblos le gusta celebrar y en la mayoría de los casos por no decir en todas, se *“tira la casa por la ventana”*, como comúnmente se expresa. En segundo lugar, la fiesta expresa mejor la dimensión *“comunitaria”* de la comida. La comunión se expresa y aumenta comiendo juntos, la presencia del otro es muy importante, incluso más que la cantidad de los alimentos. Finalmente se da el elemento de *“protesta”* contra la muerte y las divisiones. Y un muy buen ejemplo de protesta contra la muerte creemos que son los *“comedores populares”*, establecidos en los diversos lugares de nuestro país. Son éstos la vida misma que se organiza para protegerse y para celebrarse en común.

Todos estos símbolos humanos del hambre, del comer juntos en torno a la misma mesa, de festejar, nos ayudan a descubrir la riqueza sacramental de la experiencia humana del comer. Con ello podemos enraizar en lo humano y universal la Eucaristía, que se hace con el fruto de la tierra y del trabajo de los hombres, el pan y el vino. Estos elementos no son la Eucaristía, pero nuestro Señor Jesús los incorpora porque lo que expresan es la aspiración a la comunión, solidaridad y a la vida. Este proyecto humano de comunión, de vida y de fiesta, Dios lo hace suyo, lo bendice y lo transforma en pan de vida para todos.

## **2. EL SACRAMENTO DE LA COMIDA**

El comer es una necesidad biológica que el hombre comparte con los animales, pero la comida del hombre no es nunca una mera actividad biológica, es sobre todo un fenómeno cultural y social, por los múltiples aspectos que implica<sup>22</sup>. Nadie, por ejemplo, que va a un restaurante elige el menú en función de la cantidad de proteínas que contengan los alimentos, aunque éstos sean más nutritivos o baratos. Además del aspecto práctico y técnico de satisfacer una necesidad biológica, existe también el aspecto estético que la propaganda televisiva aprovecha con maestría ya que el mensaje entra por los ojos. ¿Pero por qué vamos a un restaurante? No sólo por simple comodidad, o porque resulta barato o caro, sino porque se presenta una ocasión especial, una celebración, un aniversario. Y entonces no sólo se selecciona el sitio dónde comer y qué comer, sino también las personas con las que vamos a comer. Cuando descubrimos dónde, cuándo y en compañía de quién se consumen los alimentos, estamos en condiciones de deducir al menos parcialmente, el conjunto de las relaciones sociales que prevalecen dentro de un grupo humano. Por eso se ha podido decir que *“el comer es el alma de toda cultura”*<sup>23</sup>. De allí que podemos identificar a los italianos con la pasta, a los chinos con el chifa, a los mejicanos con el tequila o a los peruanos con el cebiche. (Díaz, 1995, p.124).

El alimento eucarístico es, por tanto, mucho más que una comida fraterna. Es una comunión íntima con Jesucristo y, en Él, de unos con otros. La sola comunión humana, por muy importante, hermosa y profunda que sea, no puede saciar el hambre de vida; es

---

<sup>22</sup> Esta idea la podemos confrontarla mejor en libro de Contreras, Jesús. *Antropología de la alimentación*, Eudema, Madrid 1993, en su capítulo inicial que lleva por título: *los alimentos también tienen significados*, es decir, son símbolos, sacramentos y expresión de otras realidades.

<sup>23</sup> Frase de Lévi-Strauss, citada por Aguirre, 1994, *La mesa compartida*, Estudios del NT desde las ciencias sociales, Sal Terrae, p.26.

necesaria la comunión eucarística con nuestro Señor Jesucristo. Es nuestra necesidad de alimento que clama:

*“¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura!”* (Antífona del Magnificat de la fiesta del cuerpo y la sangre de Cristo). Según la reflexión de (Kasper, 2005, p.45).

La comida es el sacramento privilegiado para expresar una manera de ver y entender el mundo y la cohesión de un grupo dentro de una sociedad porque la comida expresa todo el sistema cultural al que pertenece. No cabe duda que, en nuestro mundo moderno, en la proliferación de los numerosos establecimientos de comida, se descubre mucho de la sociedad moderna tecnificada y planificada con tendencia al individualismo, y detrás de las numerosas y variadas dietas descubrimos no sólo productos “light” sino una cultura “light” o una cultura del cuerpo y de la estética. Una especie de religión laica del cuerpo. Es que la comida dice también mucho sobre el universo religioso de la sociedad. Es por esto mismo que hace no mucho, que los cristianos se identificaban por no comer carne los viernes, además de ciertos grupos religiosos que rechazaban la carne de cerdo y ciertas bebidas fermentadas.

Las comidas, las de ayer y las de siempre, nos hablan de los modelos de relaciones sociales, sobre la estratificación de la sociedad y la solidaridad entre los grupos sociales. Ser admitidos a una comensalía, es entrar en círculo de igualdad, de amistad y de solidaridad. Consideramos que lo importante no es el hecho de comer, sino el de estar juntos. Es decir, en el comer se juega el problema de la solidaridad humana y Jesús vino para hablarnos de la solidaridad que Dios espera en su familia. No es el Dios del ayuno sino el de la comida, de la solidaridad y de la comunión. Una comunión y solidaridad que quiere enraizar en lo humano, por eso parte de la realidad humana de la comida.

### **3. EL PAN ES COMUNIÓN Y SOLIDARIDAD**

El pan nuestro de cada día, como repetimos en la oración del Padre Nuestro, ese pan tan cercano y tan casero, es el signo extraordinario de comunión y solidaridad entre los hombres. El pan y el vino, materias eucarísticas, son símbolos elocuentes que expresan la comunión y la solidaridad entre los hombres, tanto en el dolor como en la esperanza.

Por el pan que compartimos con los demás, entramos en comunión con las personas que, con su trabajo y esfuerzo, hacen presente el alimento, para saciar así el hambre y dar vida al mundo. Porque el pan es la vida. Es fruto de la tierra y del trabajo de los hombres. De este modo, en la materia eucarística, quedan asociados al pan y al vino, dos crudas realidades de nuestro mundo: la tierra y el trabajo humano. La tierra que es de Dios, y nos la entregó (Lev 25,23), para que, por el trabajo, se convierta en:

*“auténtico bien del género humano”* (GS n.35).

Que le permita de este modo cultivar su vocación y desarrollarla íntegramente.

Creemos que ese es el sueño y el ideal de nuestro Padre Dios, pero nuestra realidad es muy distinta. Porque si bien es cierto sobre esta tierra se desarrolla el cultivo de la misma, pero también la lucha y el acaparamiento de la tierra. Muchos hermanos viven sin tierra y sin trabajo, muchos con un trabajo explotador y deshumanizante. Resulta así una tierra cultivada por la ambición de los que *“juntan campos con campos, hasta no dejar sitio y vivir ellos solos en medio de la tierra”* (Is 5,8) y explotada y profanada por el robo, la violencia, la injusticia y el sudor y la sangre derramada sobre ella (Núm 35,33). Es así como crece el fruto de la tierra en nuestro mundo.

Estamos realmente ante una tierra *“rica de pan y amarga de sudores”*, tal y como nos proclama la canción cristiana: *Alegre la mañana*.

De este modo consideramos que en el pan como fruto de la tierra y como sacramento se encierra toda la problemática de nuestra tierra, pero principalmente la riqueza y la ambigüedad del trabajo del ser humano. No puede haber Eucaristía sin el fruto de la tierra y menos sin el trabajo y el esfuerzo de los hombres. El pan presentado sobre el altar sintetiza todo el proceso del esfuerzo humano orientado hacia una sola meta:

*“producir y dar vida.* (Díaz, 1995, p.133).

Por ello la Eucaristía tiene sus raíces en la solidaridad y en la comunión. Desde nuestra fe, todo el trabajo del cristiano es una participación en la obra de Dios. Es como si Dios trabaja con nosotros y permite que el cristiano, mediante su trabajo, entre en la obra de la salvación, una salvación asociada necesariamente al cansancio, la fatiga, las enfermedades y la muerte que ella conlleva. Es ahí cuando se hace necesaria la fuente de donde mana toda gracia: Eucaristía, es decir que no podemos prescindir de ella durante nuestra vida cristiana. Y junto al pan, está el vino, fruto de la tierra con el cual festejamos,

comulgando así en la euforia de la vida. Es también símbolo de la sangre de Cristo, derramada por la maldad de nuestro mundo y para dar vida a todos. También por ser símbolo de solidaridad, nos incorpora a la vida entregada de Cristo y a su sangre derramada en la cruz.

Con la participación en el banquete eucarístico y con la recepción del cuerpo y sangre sacramentales de Jesucristo, el creyente experimenta por lo mismo su comunión con Cristo, bajo unos signos sensibles (Jn 6,54-58).

Así como Jesús con la obediencia de su voluntad a Dios Padre entregó su vida como modelo de fe y en la resurrección se une en el amor con el Padre y el Espíritu Santo, así también el cristiano en la Eucaristía llega en comunión con la entrega de Jesucristo a la muerte en el sacrificio de su fe. Comunión que es vida eterna y a la que nosotros nos asociamos mediante la comunión del Hijo de Dios, que se encarnó por nosotros.

Hay que entender la Eucaristía como el sacramento máximo de la unidad y del amor entre Dios y los hombres. Al mismo tiempo fundamenta también la comunión de vida de la Iglesia, que está ligada con el vínculo del amor y por ella se construye como cuerpo de Cristo, que crece en correspondencia con su cabeza (Col 3,14).

*“Cristo se une personalmente a cada uno de nosotros, pero el mismo Cristo nos une también con el hombre y con la mujer que están a mi lado. Y el pan es para mí y también para el otro. Así Cristo nos une a todos consigo y nos une entre nosotros, uno con otro (...) Cristo y el prójimo son inseparables en la Eucaristía. Y así todos somos un solo pan, un solo cuerpo. Una Eucaristía sin solidaridad con los demás es un abuso de la Eucaristía”.* (Benedicto XVI, 2008, en la Audiencia general del jueves 11 de diciembre).

#### **4.1. El Pan es la Vida**

El memorial del Señor, está asociado a la comida, en ella se revela el Dios de la vida que desea la vida de los hombres. Pues el alimento y la vida son dos elementos inseparables. No sólo porque comemos para vivir y si no comemos nos morimos, sino también porque en todas las culturas se asocian los principales momentos de la vida con la alimentación, la comida; en un aniversario, una boda e incluso hasta en los funerales. Comer y vivir van unidos y el no comer es comenzar a morir. Por ello el hambre es un ingrediente esencial del comer y del vivir porque es la expresión de un elemental y profundo deseo de vivir. En el acto de comer se hace presente, al mismo tiempo, la profunda aspiración a la vida

y la conciencia de la vida amenazada por el hambre. En el simple acto de comer se expresa la vida y en el hambre también se expresa la vida, ya que es un grito por la vida. Exclamemos también nosotros como los apóstoles: “*Señor, danos siempre de ese pan*” (Jn 6,34). Pan que permanece, sacia toda hambre y que nunca se acaba.

“*El pan es la vida*”, nos dice el libro del Eclesiástico (34,21). Y el hombre tiene hambre de pan, pero también es verdad que no sólo de pan vive el hombre. Hay en el hombre de hoy un hambre más radical. Hambre de dignidad y de justicia, hambre que expresa la aspiración más profunda de una vida plenamente en comunicación con la fuente de la vida misma. Como nos dice San Agustín, se trata del corazón inquieto, hambriento, del hombre hasta descansar en Dios (*Confesiones*, Libro I, 1,1). Por eso es que se da la paradoja del hombre que tiene hambre y, sin embargo, deja de comer como por ejemplo en una “*huelga de hambre*” para expresar de este modo su hambre más profundo y radical.

Entonces la vida, la dignidad, la justicia y la solidaridad humana no son sólo problemáticas, sino pasión por la vida, haciéndonos vivir o morir, porque son expresiones del hambre de Dios. Pues es el mismo Dios, quien sale al encuentro del hombre, haciéndose comida y bebida para satisfacer su hambre y devolverle el bienestar. “*Hambre de Dios, hambre de pan*”, así definió la misión de la Iglesia **San Juan Pablo II**, en su visita a nuestro país en 1985. El hambre de Dios es riqueza que hay que fomentar, en cambio el hambre de pan es escándalo que hay que erradicar. En el pan que es la vida, vemos el símbolo concentrado de todo lo que el hombre necesita para vivir plenamente como hijo de Dios y entre sus hermanos. Y es en la Eucaristía en donde el hambre se incorpora para ser transformarla en vida, es Ella el sacramento de vida. Y es en el hambre, en donde el hombre se juega la vida física y material, pero también la vida espiritual y plena.

## **5. JESÚS: HOMBRE SANO, SALUDABLE Y SANADOR**

Toda la vida de Jesús, incluido su dolor, sufrimiento y muerte en cruz, es un generar salud, tanto en el nivel físico como en el emocional, social, intelectual y religioso de cada

individuo y de la convivencia social. Su vida misma pretende potenciar la biofilia<sup>24</sup> que debe existir en cada persona:

*“He venido para que tengan vida y vida en abundancia”* (Jn 10,10).

Para el Señor, hacerse presente en un mundo de dolor y sufrimiento es un gesto de solidaridad, una invitación a la sociedad para que humanice su presencia entre los más débiles, y un lugar privilegiado para la evangelización.

Sanar es una de sus formas de amar. En los propios sufrimientos y en el encuentro con los comportamientos patológicos de todo tipo, encuentra la ocasión más propicia para expresar su amor sanador. Toda su persona es: *Sana, Saludable y Sanadora*. (Bautista, 2004, p.13).

Persona *sana* porque vive en clave de salud; *saludable* porque contagia salud; *sanadora* porque regenera salud. En efecto su mismo nombre Jesús, significa Dios es ayuda, es salud, y es salvación (Mt 1, 21; Lc 1, 69; 1,79). Sus palabras son sanas, saludables y sanadoras: porque consuelan, animan, sanan, liberan, aman, confrontan, dan esperanza, hacen renacer, perdonan. Son palabras de vida eterna (Jn 6,68). Palabras tan saludables como para ser vistas y practicadas. Su corporeidad también es sana, saludable y sanadora. Con razón el apóstol nos recuerda que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, redimido por su Cuerpo en cruz y nos exhorta: *“Glorifiquen entonces a Dios en sus cuerpos”* (1Cor 6,20). Su afectividad, sus sentimientos, actitudes, hechos, gestos proféticos, su proximidad, y en general toda su persona es sana, saludable y sanadora. Ya que nada de lo humano le fue ajeno. Nos ofrece su presencia de salud y salvación a todos, sin excepción, y en cualquier situación, aún en la más deplorable de las condiciones humanas.

### **5.1. Jesús Saludable y Sanador**

Con su testimonio de vida y sus palabras, Jesús nos enseña cómo vivir saludablemente abiertos al perdón y al amor de Dios, y por consiguiente entre nosotros. Nos enseña cómo

---

<sup>24</sup> La palabra biofilia significa amor a la vida y fue acuñada por el biólogo especializado en evolución Edward O. Wilson, de la Universidad de Harvard, para crear una hipótesis que indica que el contacto con la naturaleza es esencial para el desarrollo psicológico humano. Así como nos sentimos bien al socializar, encontramos paz y refugio cuando vamos a un bosque, al mar, miramos muros verdes o estamos con nuestras mascotas.

La biofilia es la necesidad de los humanos de interactuar con una cierta cantidad de otras especies en favor del propio bienestar y de la salud mental.

el sufriente o enfermo debe asumir el protagonismo de su situación. Nunca es demasiado tarde para cambiar, para mejorar, para reconciliarse, para volver a la comunión con Él. Los límites de nuestra condición humana no son un impedimento para que nuestra existencia esté llena de sentido y que seamos capaces de grandes cosas, si de verdad nos alimentamos de Él.

Jesús, nuestra salud crucificada por el Reino enseña con su praxis qué fácil es caer durante el sufrimiento, en desesperación y desconcierto si no entramos en comunión con Él, si no dialogamos junto a Él en la oración:

*“Jesús les dijo: ¿Por qué están durmiendo? Levántense y oren para no caer en tentación”*  
(Lc 22,46).

En su sufrimiento y muerte, ha enseñado al hombre a hacer el bien del mal y hacer bien a los que hacen el mal; a conseguir el temple moral, a purificar las virtudes teologales: el sufrimiento purifica la fe, esperanza y caridad; éstas, a su vez, purifican el sufrimiento ante cualquier adversidad.

Desde el sufrimiento, Jesús se hizo, nuestro hermano, asociando a su sufrimiento salvífico todos los sufrimientos del hombre. Nos enseñó que es importante amar a Dios en la adversidad, es fundamental sentirnos amados por Dios en estos momentos. Dios nos protege en todas las enfermedades.

Pero cuántas veces el creyente cristiano queda decepcionado por la no actuación de Dios en su vida. En quien creían como Padre benefactor, protector ante todos los peligros, quien todo lo puede; o tal vez por el simple hecho de sentir que Dios ignora la situación adversa en que se encuentran. Entonces es cuando entra la tentación de *“tirar la toalla”*. Y es en estos momentos cuando Jesús sale al encuentro de todo aquél que camina angustiado. Toma la iniciativa del encuentro, se une a nosotros discretamente, camina a nuestro lado, sin interrumpirnos, sólo escuchando aquello que podemos expresar sea muchas veces por las decepciones y las malas situaciones que nos toca vivir, al igual como ocurrió con los discípulos de Emaús. (Lc 24,13-35).

Ocurre también que cuando nos encontramos ante alguien en crisis, estamos tentados de evadir la realidad, suavizar el conflicto, o simplemente dar ánimo. En cambio, Jesús prefiere abrirnos los ojos a la realidad para que la asumamos, la transformemos o nos

innovemos ante ella. El diálogo de Jesús engendra interés y sentimientos de amistad mutua. Es necesario vivir esta experiencia de comunión:

*“El hizo ademán de seguir adelante pero lo forzaron diciéndoles: Quédate con nosotros”* (Lc 24,28-29).

El quedarse, es un abrir la casa de la vida, un deseo de ceñir lazos más hondos, aportando calor humano y en hacer crecer cada vez más las cosas de Dios en nosotros, en el atardecer del peregrinar de las personas en crisis, justo cuando más se necesita tener alguien al lado. Nuestro Señor, jamás rechaza el don sagrado de la hospitalidad, asintamos que entre en nuestra casa, para junto a nosotros celebre la fracción del pan: La Eucaristía.

## **5.2. María Mujer Eucarística**

Con toda su vida, María es mujer eucarística y la Iglesia la celebra como modelo a imitarla por el vínculo íntimo y armónico con su Hijo. Por su presencia junto a los apóstoles unidos en oración, después de la Ascensión (Hch 1,14). Y también en las celebraciones eucarísticas de los cristianos, asiduos en la oración y la *“fracción del pan”* (Hch 2,42).

Ella es nuestro soporte y guía. Con su cuidado maternal en las bodas de Caná:

*“Hagan lo que Él les diga”* (Jn 2,5).

Parece decirnos que no vacilemos en fiarnos de la palabra de su Hijo. Pues Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Palabra, haciéndose así el Pan de Vida.

Con todo su ser, hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. En la presentación del niño en el templo (Lc 2,22), oyó anunciar al anciano Simeón que una espada traspasaría su propia alma (Lc 2,34.35). Es así que la Madre de Dios, vive una especie de Eucaristía anticipada, es decir una afinidad de deseo y ofrecimiento, que culminaría en la unión con su Hijo en la pasión, muerte y resurrección.

Vivir de la Eucaristía significa tomar con nosotros a ejemplo de Juan, a quien nos fue entregada como Madre nuestra. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de hacernos uno con el Señor, aprendiendo de su Madre y dejándonos custodiar por ella. María de Nazaret está presente en la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas las celebraciones eucarísticas.

María, es el modelo de cómo cada uno de nosotros está llamado a recibir el don que Jesús hace de sí mismo en la Eucaristía. Es la Inmaculada que ampara incondicionalmente el don de Dios, y nos afilia a la obra de la salvación. Pongámonos pues a la escucha de la Madre de Dios, en quien el Misterio eucarístico se muestra como misterio de luz para iluminar al mundo. Contemplándola a Ella experimentamos la *fuera transformadora* que posee la Eucaristía. En el humilde signo del pan y el vino, convertidos en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para el mundo.

Este vínculo de amor entre nuestra Madre, la Virgen y su Hijo nuestro Señor, debe mantener viva nuestra esperanza, confiar en su presencia viva, que camina a nuestro lado en cada Eucaristía que celebramos, y en la que nos alimentamos de Él. De ahí que hayamos titulado este último capítulo: *Eucaristía alimento de vida*. Ella que nos da la fortaleza diaria para hacer frente a toda adversidad, tratando en lo posible de ser fieles al mandamiento nuevo de nuestro Señor Jesucristo: “*Ámense los unos a los otros como yo les he amado*” (Jn 15,12). Llevando una vida saludable, y digna de los hijos de Dios, en comunión con el Señor y con los hermanos.

## CONCLUSIÓN

El alimento Eucarístico transforma a los que lo reciben. Nos defiende de todos los males. Y por consiguiente nos da la salud necesaria para una vida saludable. Una vida plena en Cristo Jesús. *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”* (Jn 10,10).

Los frutos y efectos de la Eucaristía se exponen en relación a la Fe de los que la reciben. Por una parte se necesita buena disposición, para la recepción del Cuerpo y la Sangre del Señor. Por otra, la recepción de la Eucaristía da la vida. La unión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo nos hace partícipes de su divinidad y de su santidad, y hace a los que la comen y beben concorpóreos y consanguíneos con Dios mismo.

El fruto último de la Eucaristía es la solidaridad humana que anticipa ya la escatología. Así lo establece el Concilio Vaticano II: *“El Señor dejó a los suyos prenda de tal esperanza y alimento para el camino en aquel sacramento de la fe en el que los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre, se convierten en el Cuerpo y la Sangre gloriosos, con la cena de comunión fraterna y la degustación del Banquete Celestial”* (GS 38,2). Como todo sacramento, la Eucaristía es un anticipo del Reino de Dios, cuyas características esenciales son las solidaridad y la fraternidad, especialmente con los pobres, los preferidos de Dios.

La Eucaristía es un acto hecho en *“comunidad”*, un acto que requiere de un *“discernimiento”* en cuanto si la persona está en paz consigo misma y especialmente con su prójimo, si no es así, deberá pedir perdón a Dios y reconciliarse a sí misma y con su prójimo, luego, si, y solo si se cumplen esas condiciones de reconciliación, podrá participar en forma correcta de la Eucarística, en el Pan y el Vino.

Las palabras de Jesús *“hagan esto en conmemoración mía”* (Lc 22,19), son mucho más que una invitación a reproducir los gestos rituales y las palabras, exigen que se den las mismas circunstancias que se dieron en su Cena, la entrega de la vida por amor. Entrega que no es simplemente un don de la gracia de Dios, sino que es la misma Persona de Jesús, que se nos entrega en el sacramento, transformando los dones del pan y del vino, en su Cuerpo y Sangre. Dones que nos hacen entrar en una íntima comunión con Él.

Ya desde el Antiguo Testamento, Dios se hace presente a los hombres de fe, por medio de sacrificios que éstos le ofrecían (Gn 14,18; Ex 12,26-27; 16,15; 24,8; Lv 24,7; Dt 16,2; 7,18; 8,3; Is 25,6; Sal 116,13; Pr 9,5). Pero es importante indicar que algunos ritos usados

por ellos dan el sentido de la Eucaristía actual, donde utilizaron “*Pan y Vino*”, en esas formas empleadas. Además, si nos trasladamos a la actualidad, y tomando en cuenta lo que se expone referente a la Eucaristía desde el Antiguo Testamento, se puede indicar: Que se hace más real y cercana la presencia del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo al evocar en la Iglesia, la reunión y acto de amor que se dio en la última cena: la celebración de la Eucaristía.

La Eucaristía se ha de definir como “*f fuente y cumbre de toda la vida cristiana*” (LG n.11), y su esencia y realidad se fundamenta en la Institución de Jesús, tal y como lo anuncia el Nuevo Testamento (Mc 14,22-25; Lc 22,14-20; Mt 26, 26-29; Jn 13,1ss; 1 Cor 11,23-25). Es el testimonio vivo y permanente de la gracia, del amor de Dios, que entregó a su Hijo, para dar la vida al mundo. Su celebración es el signo permanente del amor de Dios Padre, que nos sigue dando a su Hijo, para que encontremos la vida en Él.

Es la fuente de toda gracia: porque “*contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da la vida a los hombres por medio de su carne vivificada por el Espíritu Santo*” (Juan Pablo II. *Ecclesia de Eucharistia*, n.1). Es decir, contiene al autor mismo de la gracia, al que está “*lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1,14).

La Iglesia desde sus inicios, ha visto la “enfermedad”, en relación esencial con el pecado y la culpa. Hoy la Iglesia descubre en la enfermedad una posibilidad de compartir el sufrimiento del cristiano con Cristo crucificado y de identificarse místicamente con Él, tomando así parte en el sacrificio redentor.

Se puede inferir que corporalmente, una persona tiene “salud”, cuando generalmente su vida es sana y carece de enfermedades. La salud solo puede definirse en relación con la enfermedad, de modo que ambos conceptos se excluyan, aplicados a un único y mismo individuo: Se está sano o enfermo, y no las dos cosas a la vez.

El estar bien es sinónimo de contar con buena salud, y estar bien de salud, es encontrarse felices, es decir, es hallarse en gracia de Dios. Y Dios es la única fuente de toda felicidad verdadera. Sólo Dios nos hace felices. Esto es necesario porque los creyentes no somos lo suficientemente fuertes y buenos para hacer felices por nosotros mismos. Necesitamos de su gracia, de su amor. Él nos da todo lo que necesitamos: “*De su plenitud hemos recibido todos, gracia sobre gracia*” (Jn 1,16). Entonces los creyentes pueden estar

siempre felices, porque aún y cuando tengan muy poco de lo que este mundo ofrece, tienen las bendiciones espirituales de parte de Dios. En Cristo tienen todas las cosas que necesitan. Alimentándonos de Él los cristianos encontramos nuestro bienestar.

La salud se sitúa en la perspectiva de la salvación, se identifica con Aquél que es, al mismo tiempo, médico y medicina, terapeuta y salvador, hombre nuevo y símbolo de la humanidad recreada en Cristo. La salud humana camina por el sendero que Cristo recorrió: la indigencia y la plenitud, la *kenosis* y la glorificación. Y es este también el itinerario de la salud humana: para crecer, algo debe morir; para curar a los demás es necesario compartir la propia vida; para vivir sanamente siendo felices es preciso integrar en la existencia el sufrimiento y la muerte; para ser libres hay que dejarse liberar; para producir frutos es preciso dejarse sepultar.

La Eucaristía, es sacramento de piedad, porque revela, manifiesta y comunica el amor de Dios a la Iglesia y a cada uno de sus miembros, cuando éstos se abren a su gracia: creyendo en el Amor, poniendo en Él su esperanza y dejándose impulsar y animar.

Es signo de unidad en cuanto lleva a cabo la profecía de Jesús, que dijo: *“Cuando yo sea levantado en alto atraeré a todos hacia mí”* (Jn 12,32). Por ella somos convocados en la Iglesia. Vemos también lo escrito por San Pablo refiriéndose a la eucaristía. *Los que comen de un solo pan, forman un solo cuerpo* (1 Cor 10,17).

Es también vínculo de caridad, pues el caminante tiene necesidad de pan y de amor; tiene necesidad de ayuda. El amor es lo que nos da la Eucaristía. La caridad es *el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado* (Rm 5,5).

La Eucaristía es comunión, pero también es perdón y es reconciliación. No perdamos de vista también que la Eucaristía comenzó en torno a una mesa familiar: un grupo de amigos que celebraban juntos la fiesta de la vida misma. Es la Vida, que se hace comida, justamente para darnos vida y vida en abundancia (Jn 10,10).

El alimento eucarístico es, por tanto, mucho más que una comida fraterna. Es una comunión íntima con Jesucristo y, en Él, de unos con otros. La sola comunión humana, por muy importante, hermosa y profunda que sea, no puede saciar el hambre de vida; es necesaria la comunión eucarística con nuestro Señor Jesucristo.

*“El pan es la vida”*, nos dice el libro del Eclesiástico (34,21). Y el hombre tiene hambre de pan, pero también es verdad que no sólo de pan vive el hombre. Hay en el hombre de

hoy un hambre más radical. Hambre de dignidad y de justicia, hambre que expresa la aspiración más profunda de una vida plenamente en comunicación con la fuente de la vida misma. Como nos dice San Agustín, se trata del corazón inquieto, hambriento, del hombre hasta descansar en Dios (Cf. *Confesiones*, Libro I, 1,1).

Jesús, nuestra salud crucificada por el Reino enseña con su praxis qué fácil es caer durante el sufrimiento, en desesperación y desconcierto si no entramos en comunión con Él, si no dialogamos junto a Él en la oración: “*Jesús les dijo: ¿Por qué están durmiendo? Levántense y oren para no caer en tentación*” (Lc 22,46). En su sufrimiento y muerte, ha enseñado al hombre a hacer el bien del mal y hacer bien a los que hacen el mal; a conseguir el temple moral, a purificar las virtudes teologales: el sufrimiento purifica la fe, esperanza y caridad; éstas, a su vez, purifican el sufrimiento ante cualquier adversidad.

María de Nazaret, Mujer Eucarística, es el modelo de cómo cada uno de nosotros está llamado a recibir el don que Jesús hace de Sí mismo en la Eucaristía. Es la Inmaculada que acoge incondicionalmente el don de Dios, y nos asocia a la obra de la salvación. Pongámonos a la escucha de María nuestra Madre, en quien el Misterio eucarístico se muestra como misterio de luz. Mirándola a ella conocemos la *fuerza transformadora* que tiene la Eucaristía.

La eucaristía, es para el creyente una respuesta privilegiada a su deseo de gracia, a su hambre de amor, es respuesta a la sed del Dios por quien suspiramos. Así nos relata San Agustín: “*En el hombre hay un hambre, que nadie puede saciar y sólo queda satisfecho, cuando prueba este pan celestial, que sabe dulcísimo al corazón*” (*Comentario al Evangelio de Juan* 26,4. San Agustín).

## BIBLIOGRAFÍA

- Alcáin Ugarte, José Antonio, (1998), *La Tradición*, Serie Teológica, Universidad de Deusto, Bilbao-España.
- Aparecida, Documento final. (2007). V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Brasil. Editorial Paulinas.
- Arias Reyero, Maximino. (1997). *Eucaristía Presencia del Señor*. CELAM. Teología para la Evangelización Liberadora en América Latina. Vol. IX, 2-2. Santa fe de Bogotá, DC- Colombia.
- Auer, J. / Ratzinger. (1987). *Sacramentos Eucaristía. Curso de Teología Dogmática*. Tomo VI. Editorial Herder. Barcelona-España.
- Bautista, Mateo, (2004). *Jesús: sano, saludable y sanador*. Editorial San Pablo. Buenos Aires-Argentina.
- Benedicto XVI. (2007). Exhortación Apostólica. *Sacramentum caritatis*. Cuadernos PHASE 171. Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona-España.
- Benedicto XVI. (2005). Carta Encíclica *Deus caritas est*. Sobre el Amor Cristiano. Editorial San Pablo. Lima-Perú.
- Berthol, Altaner. (1953). *Patrología*, Tercera Edición. Editorial Herder. Madrid-España.
- Borobio, Dionisio. (2014). *Los sacramentos, fuente de caridad*. Cuadernos Phase 217. Barcelona-España.
- Brusco, Ángel y PINTOR, Sergio. (1999). *Tras las huellas de Cristo médico: manual de teología pastoral sanitaria*. Editorial Sal Terrae, Santander- España.
- Cabié, Robert. (1995). *La misa, sencillamente*. Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona-España.
- Castillo, M. José. (2012). *La humanidad de Dios*. Editorial Trotta. Madrid-España.
- Catecismo de la Iglesia Católica. (2000). Gran Misión Jubilar. Lima-Perú.
- Codina, Víctor SJ. (2002). *La Fracción del Pan*. Editorial Verbo Divino. Cochabamba-Bolivia.

- Concilio Vaticano II. (2008). *Documentos completos*, Editorial Paulinas, Conferencia Episcopal Peruana.
- Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, (25 de Marzo de 2004). *Redemptionis Sacramentum*, Instrucción sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la Santísima Eucaristía.
- Comisión Teológico-Histórica. CELAM. N°157. (1999). *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*. Bogotá-Colombia.
- Cuadernos PHASE 190. (2003). *La Eucaristía en el Concilio de Trento*. Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona-España.
- De Baciocchi, J. (1969). *La Eucaristía. El misterio Cristiano. Teología Sacramental*. Editorial Herder. Barcelona-España.
- Díaz Mateos, Manuel. (1995). *El Sacramento del Pan*. Centro de Espiritualidad Ignaciana. Lima-Perú.
- Diccionario Teológico Enciclopédico. (2003). Segunda Edición. Editorial Verbo Divino. Navarra-España.
- Fernández, Aurelio. (2012). *Teología Dogmática II*. BAC, Madrid-España.
- Fermet, André. (1980). *La Eucaristía Teología y Praxis de la Memoria de Jesús*. Editorial Sal Terrae. Santander-España.
- Juan Pablo II. (2003). Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*. La Iglesia vive de la Eucaristía. Cuadernos PHASE 133. Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona-España.
- Juan Pablo II. (1980). *Dominicae Cenaes*. Sobre el misterio y el culto de la Eucaristía. Carta a los Obispos. Cuadernos Phase 84. Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona-España.
- Jungmann, Josef Andreas. (2007). *El Sacrificio de Alabanza. La plegaria eucarística, fuente de teología y de espiritualidad*. Cuadernos Phase 167. Centro de Pastoral Litúrgica. Barcelona-España.
- Kempis, Tomás. (1987). *La Imitación de Cristo*, por el P. Eliécer Sálesman. Editorial Apostolado Bíblico Católico. Bogotá-Colombia.

- Kasper, Walter. (2005). *Sacramento de la Unidad, Eucaristía e Iglesia*. Editorial Sal Terrae, Presencia Teológica. Santander-España.
- Kowalska, Faustina M. (1935). *Diario I, Diálogo entre Dios misericordioso y el alma perfecta*. Ediciones Levántate. Granada-España.
- Lods, A. (1925). *Les Idées des Israélites sur la maladie, ses causes et ses remèdes*. Las ideas de los israelitas sobre la enfermedad, sus causas y remedios.
- Marinelli, Silvio. (2012). *Teología de la salud*. Manual de Pastoral de la Salud. Bilbao-España.
- Muller Ludwig, Gerhard. (1991). *La celebración eucarística, un camino con Cristo*. Editorial Herder, Barcelona-España.
- Nuevo Diccionario de Espiritualidad. (1983). Ediciones Paulinas, Madrid-España.
- Poitevin Paz, Luis E. (2012). *La Eucaristía fuente y centro de la salud corporal Según 1 de corintios 11,30*. Universidad Rafael Landívar. Facultad de teología. Guatemala.
- Reyero Arias, M. (1982). *Eucaristía, Presencia del Señor*, CELAM, Vol. IX, 2-2, Santa Fe, Bogotá).
- Ruiz Bueno, D. (1993). *Didaché, IX*. Editorial Padres Apostólicos. BAC. Madrid-España.
- Ruiz, Bueno, D. (1993). *Padres Apostólicos*. BAC. Sexta Edición. Madrid-España.
- Sacramentum Mundi. (1982). *Enciclopedia Teológica*, Tomo Segundo. Editorial Herder. Barcelona-España.
- Schökel Alonso, Luis. (2006), *La Biblia de Nuestro Pueblo*, Ediciones Mensajero. Bilbao-España.
- Solano, J. (1954). *Textos eucarísticos primitivos*. Volumen 2. BAC, Madrid-España.
- Torio Esteban, Antonio O. S. A. (1998). *Tanto nos amó: Misterio de la Eucaristía*. Editorial Q. Mendoza-Argentina.

Uriona, Adolfo A. (2005). *Eucaristía, Banquete Espiritual*. Subsidio N° 3, Agencia Informativa Católica. Buenos Aires-Argentina.